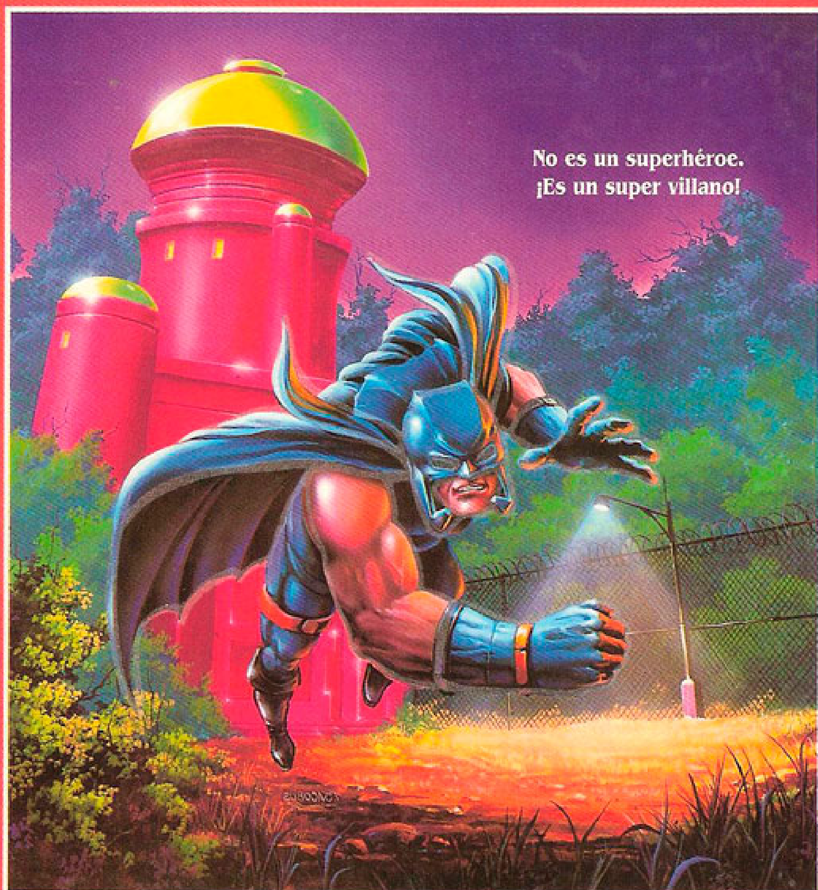
R.L. Stine

Pesadillas

El ataque del mutante



Skipper Matthews tiene una magnífica colección de cómics. Su serie favorita es El Mutante Enmascarado, que trata de un malvado supervillano que pretende dominar el universo. Skipper es un auténtico admirador del Mutante, hasta que un dia se pierde en un barrio desconocido y encuentra un edificio exactamente igual que el cuartel general del Mutante. Un edificio que aparece y desaparece. ¿Habrá leído Skipper demasiados cómics, o será cierto que el Mutante Enmascarado vive en la ciudad?



R. L. Stine

El ataque del mutante

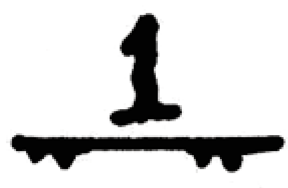
Pesadillas — 17

ePub r1.0
javinintendero 28.09.13

Título original: *Goosebumps #25: Attack of the mutant*
R. L. Stine, 1996
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero
Digitalización del texto: Rayul
ePub base r1.0





—¡Oye, suelta eso!

Le arrebaté a Wilson Clark el cómic de las manos y alisé el forro de plástico.

—Sólo quería verlo —gruñó.

—Si le dejas alguna huella perderá la mitad de su valor —le expliqué mientras examinaba el cómic a través del forro de plástico—. Es el número cero de *Cisne Plateado* y está sin abrir.

Wilson movió la cabeza. Es un chico de pelo rubio, muy rizado, y ojos azules, y nunca entiende nada.

—¿Cómo puede ser el número cero, Skipper? Eso es una tontería.

Wilson es un buen amigo, pero a veces parece que acaba de llegar de Marte. El tío no pilla ni una.

Le enseñé el cómic para que viera el enorme número 0 que había en la portada.

—Es un ejemplar de coleccionista —dije—. El número cero va antes del número uno. Este cómic vale diez veces más que el primer episodio de *Cisne Plateado.*

—¿Ah, sí? —Wilson se rascó la cabeza, se agachó y se puso a toquetear mi colección de cómics.

—¿Por qué están todos metidos en bolsas de plástico, Skipper? ¿Cómo los lees?

¿Veis lo que os decía? Wilson no se entera de nada.

—¿Que cómo los leo? No los leo —repliqué—. Si los lees pierden valor.

Se me quedó mirando.

—¿Que no los lees?

—No puedo sacarlos de la bolsa porque entonces los cómics ya no estarán sin abrir.

—¡Oye! ¡Este es guay! —exclamó, sacando un ejemplar de *Lobo Estelar*—. ¡La portada es metálica!

—No vale nada. Es una segunda edición.

Wilson se puso a darle vueltas en las manos para que reflejara la luz.

—Qué guay —repitió. Era su palabra favorita.

Estábamos en mi cuarto y faltaba una hora más o menos para cenar. Por la ventana se veía el cielo negro. En invierno anochece muy pronto. En cambio, en el planeta de Cisne Plateado, Orcos III, nunca se pone el sol, y todos los superhéroes llevan trajes con aire acondicionado; Wilson había venido a por los deberes de matemáticas. Vive en la casa de al lado y siempre se deja los apuntes de mates en el colegio, así que tiene que venir a pedírmelos a mí.

—Deberías coleccionar cómics —le dije—. Dentro de veinte años valdrán millones.

—Yo colecciono sellos de goma —me contestó al tiempo que cogía un anual de *El Escuadrón 2.* Se quedó mirando el anuncio de zapatillas de deporte que había en la contraportada.

—¿Sellos de goma?

—Sí, tengo casi cien.

—¿Y para qué sirven los sellos de goma? —le pregunté.

Wilson dejó el cómic en su sitio y se levantó.

—Pues para sellar cosas. —Se sacudió el polvo de los tejanos—. Tengo tampones de tinta de varios colores. O simplemente para mirarlos.

Es más raro que un perro verde.

—¿Son valiosos? —pregunté.

Wilson movió la cabeza.

—No creo. —Cogió los apuntes de matemáticas que estaban encima de mi cama—. Me tengo que ir ya. Hasta mañana.

Echamos a andar hacia la puerta y nos vimos reflejados en el espejo de mi cómoda. Wilson tiene los ojos tan azules y es tan alto,

tan rubio y tan delgado que a su lado parezco un topo rechoncho y oscuro.

Si estuviéramos en un cómic, Wilson sería el superhéroe y yo su ayudante. Yo sería el personaje bajito y gracioso que siempre se mete en líos. Menos mal que la vida no es un cómic.

En cuanto Wilson se marchó, me acerqué a la cómoda y vi la enorme bandera que había encima del espejo: SKIPPER MATTHEWS, VENGADOR ALIENÍGENA. El cartel me lo había hecho mi padre en un ordenador de su oficina para regalármelo el día que cumplí doce años, hacía unas semanas.

Debajo de la bandera tengo dos pósters pegados en la pared. Uno es del Capitán América, dibujado por Jack Kirby. Es muy antiguo y debe de valer más de doscientos dólares. El otro, más nuevo, es un dibujo alucinante de Spawn, de Todd McFarlane.

En el espejo me vi con cara de emoción. Encima de la cómoda me esperaba el sobre marrón. Mis padres me habían dicho que no lo abriera hasta que terminase los deberes, pero estaba tan impaciente que no podía esperar más.

Notaba el corazón a cien por hora. Sabía muy bien lo que había en el sobre, y con sólo pensarlo se me aceleraba el pulso. Cogí el sobre con mucho cuidado. Tenía que abrirlo inmediatamente. Tenía que abrirlo ya.



Abrí el sobre con muchísimo cuidado, metí la mano dentro y saqué el tesoro.

Era el episodio mensual de *El Mutante Enmascarado.*

Cogí el cómic con las dos manos y miré con atención la portada. *El Mutante Enmascarado. N°24.* Al pie de la página, en letras rojas y desgarradas ponía:

¡UN COMBATE DECISIVO CON LA ESPONJA!

El dibujo era impresionante. Aparecía la Esponja Humana —conocida en todo el universo como La Esponja de Acero— en una situación mortal. ¡El superhéroe estaba atrapado entre los tentáculos de un pulpo gigante que lo estaba espachurrando!

Alucinante.

Yo tengo todos los cómics sin abrir, envueltos en bolsas de coleccionista. Pero hay uno que sí leo todos los meses: *El Mutante Enmascarado*.

Lo tengo en mis manos en cuanto sale a la calle y me lo leo de cabo a rabo, me leo todas las palabras, todos los bocadillos, me leo hasta la página del correo.

Es porque *El Mutante Enmascarado* es el mejor cómic del mundo, el que está mejor escrito y mejor dibujado. Y el Mutante Enmascarado tiene que ser el villano más poderoso y más malvado jamás creado.

Su terrible poder consiste en que tiene la capacidad de mover

sus moléculas, lo cual significa que puede cambiar de forma y convertirse en cualquier cosa sólida. ¡Cualquier cosa! En esta portada, por ejemplo, el pulpo gigante es en realidad el Mutante Enmascarado. Se sabe porque el pulpo lleva la máscara del Mutante. Pero también puede convertirse en cualquier animal, o en cualquier objeto.

Así es como siempre se escapa de la Liga de los Buenos. En la Liga de los Buenos hay seis superhéroes, todos mutantes también, con poderes alucinantes. Son los mejores héroes del mundo, pero no pueden atrapar al Mutante Enmascarado. Ni siquiera Gamo Veloz, que es el jefe de la Liga y el hombre más rápido del sistema solar, puede igualar en rapidez al Mutante Enmascarado.

Me quedé un rato mirando la portada. Me gustaba cómo los tentáculos del pulpo tenían aplastada a la Esponja, que parecía un guiñapo. Se le notaba en la cara que estaba sufriendo una auténtica agonía.

Alucinante.

Me llevé el cómic a la cama y me lo puse encima de la tripa para leerlo. La historia empezaba donde la había dejado el número anterior. La Esponja, el mejor buceador del mundo, estaba en las profundidades del mar, huyendo desesperadamente del Mutante Enmascarado, pero se le había enganchado la capa en un arrecife de coral.

Volví la página. El Mutante Enmascarado se acercaba, moviendo ya sus moléculas, hasta que se convirtió en un pulpo gigantesco y espantoso.

La transformación del Mutante estaba dibujada en ocho viñetas.

Luego venía un dibujo a toda página del pulpo gigante que tendía sus gruesos tentáculos pegajosos para coger a la indefensa Esponja. La Esponja intentaba liberarse, pero los tentáculos se acercaban más y más.

Quise volver la página, pero antes de hacer ningún movimiento noté que algo frío y pegajoso se me enroscaba al cuello.

3

Lancé un grito e intenté liberarme, pero los fríos tentáculos me apretaban el cuello cada vez con más fuerza. No podía moverme, no podía gritar.

Entonces oí una risa.

Me di la vuelta haciendo un enorme esfuerzo… y vi a Mitzi, mi hermana de nueve años.

Mitzi me quitó las manos del cuello y retrocedió de un brinco al ver cómo la miraba.

—¿Por qué tienes las manos tan frías? —pregunté.

Mi hermana me sonrió con su carita inocente y sus hoyuelos en las mejillas.

—Porque las he metido en la nevera.

—¡Qué dices! —grité—. ¿Para qué las has metido en la nevera?

—Para que se me pusieran frías —replicó sin dejar de sonreír.

Su sentido del humor es insoportable. Mi hermana tiene el pelo castaño y lacio, como yo, y es bajita y un poco regordeta, también como yo.

—Me has dado un susto de muerte —afirmé, incorporándome en la cama.

—Ya lo sé. —Me frotó las mejillas con las manos, que aún tenía heladas.

—¡Lárgate, Mitzi! —Le di un empujón—. ¿A qué has venido? ¿A darme un susto?

Ella movió la cabeza.

—Papá me ha dicho que subiera. Dice que si estás leyendo

cómics en vez de hacer los deberes te la vas a ganar.

Fijó sus ojos castaños en el cómic, que estaba abierto encima de la cama.

—Me parece que te la vas a ganar, Skipper.

—No. Espera. —La cogí del brazo—. Es el último *Mutante Enmascarado*. ¡Tengo que leerlo! Dile a papá que estoy con las mates y…

No pude terminar lo que estaba diciendo porque mi padre entró en ese instante en el cuarto. La luz del techo se reflejaba en sus gafas, pero a pesar de todo vi que tenía los ojos fijos en el cómic que había en mi cama.

—Skipper… —dijo enfadado, con aquella voz grave y atronadora.

Mitzi se marchó corriendo de la habitación. Le gustaba crear problemas, pero cuando las cosas se ponían feas de verdad, salía echando chispas.

Yo sabía que las cosas se iban a poner feas de verdad, porque ya me habían echado la bronca tres veces esa semana por perder demasiado tiempo con mi colección de cómics.

—Skipper, ¿sabes por qué sacas tan malas notas? —preguntó mi padre.

—¿Porque no soy un buen estudiante?

Fue un craso error. A mi padre no le gusta nada que le replique.

Papá me recuerda a un oso. No sólo porque gruñe mucho sino porque es alto y grandón. Tiene el pelo muy corto y muy oscuro, y casi no le queda frente. De verdad, el pelo le empieza casi encima mismo de las gafas. Y tiene un vozarrón que parece un gruñido de oso.

El caso es que cuando yo le contesté atravesó la habitación y cogió mi caja de cómics, donde guardaba mi colección enterita.

—¡Sintiéndolo mucho, Skipper, voy a tirarlos a la basura! —gritó, dirigiéndose hacia la puerta.

4

Seguro que esperabais que me entrara el pánico, que me pusiese a rogar y suplicar que no tirara mi valiosa colección…

Pues no, no dije nada. Me quedé junto a la cama, con los brazos a los costados, esperando. La verdad es que mi padre ya lo ha hecho antes, miles de veces, pero nunca cumple sus amenazas. Aunque tiene mal genio, no es un supervillano. En realidad, yo casi siempre lo metería en la Liga de los Buenos.

Su principal problema es que no le gustan los cómics. Le parecen una tontería, por más que le explique que mi colección valdrá millones cuando yo tenga su edad.

Pues como iba diciendo, me quedé allí esperando en silencio. Papá se detuvo en la puerta y se dio la vuelta, todavía con la caja en las manos. Me miró con los ojos entornados a través de sus gafas de montura negra.

—¿Me prometes que harás los deberes? —me preguntó enfadado.

—Sí —contesté, con la vista en el suelo.

Él bajó la caja de cómics un poco. La verdad es que pesa un montón, incluso para alguien tan grande y fuerte como él.

—¿Y no perderás más tiempo esta noche con los cómics?

—¿No puedo terminar de leer el nuevo? —pregunté, señalando *El Mutante Enmascarado* que estaba encima de la cama.

Otro error.

Mi padre me lanzó un gruñido y se llevó mi colección.

—¡Vale, vale! —exclamé—. Lo siento. Voy a hacer los deberes,

papá, te lo prometo. Mira, empiezo ahora mismo.

Él volvió a entrar en el cuarto y dejó la caja junto a la pared.

—Es que no piensas en otra cosa, Skipper. Te pasas todo el santo día con los cómics, y eso no es bueno. No, no puede ser bueno.

No dije nada. Sabía que estaba a punto de marcharse.

—No quiero volver a oír hablar de cómics —me dijo de mal humor—. ¿Entendido?

—Vale —murmuré—. Perdona, papá.

Esperé hasta oír sus pisadas en las escaleras. Luego volví con mi nuevo episodio de *El Mutante Enmascarado.* Estaba loco por averiguar cómo había escapado la Esponja del pulpo gigante, pero Mitzi andaba por allí. Todavía se la oía en el piso de arriba. Si me veía leyendo el cómic, bajaría corriendo a contárselo a papá. Es una chivata de espanto. Así que me fui a sacar de la mochila el cuaderno de matemáticas, el libro de ciencias y otras cosas que necesitaba.

Hice los problemas de mates a toda velocidad. Seguro que estaban casi todos mal, pero me daba lo mismo. De todas formas, las matemáticas se me dan fatal. Luego me leí el capítulo de átomos y moléculas. Lo de las moléculas me recordó al Mutante Enmascarado. Me moría de ganas de coger el cómic.

Por fin terminé los deberes un poco después de las nueve y media. La verdad es que me salté las preguntas de literatura, pero es que hay que ser un empollón para hacer todos los deberes.

Después bajé a prepararme unos cereales, que es mi cena favorita. Les di las buenas noches a mis padres y volví corriendo a mi cuarto, loco por meterme en la cama a leer.

Estaba de nuevo en las profundidades marinas. Para escapar, la Esponja se encogió hasta hacerse tan pequeña que pudo deslizarse entre los tentáculos del pulpo. «Genial», pensé.

El Mutante Enmascarado sacudió furioso los tentáculos y juró que atraparía a la Esponja en otra ocasión. Luego transformó sus moléculas para recuperar su aspecto normal y volvió a su cuartel general.

¡Su cuartel general!

Me quedé mirando el cómic, totalmente alucinado.

Los cuarteles del Mutante Enmascarado no habían aparecido

nunca. Bueno, había podido echar un vistazo a un par de habitaciones, pero nada más. Ésta era la primera vez que se veía el edificio por fuera. Me acerqué la página a los ojos y la examiné con atención.

—¡Qué alucine! —exclamé en voz alta.

No había visto en toda mi vida un edificio parecido. Desde luego no parecía el escondrijo del villano más peligroso del mundo. Más bien parecía una boca de riego gigantesca, una boca de riego que llegaba hasta el cielo. Estaba estucada de color rosa y tenía un tejado enorme en forma de cúpula, de color verde.

—¡Qué alucine! —volví a exclamar.

Era el escondrijo perfecto, claro. ¿Quién iba a pensar que un supervillano se escondería en un edificio que parecía una boca de riego gigante de color rosa?

Volví la página. El Mutante Enmascarado se metió en el edificio y desapareció en el ascensor. Subió hasta el último piso y salió en su centro de comunicaciones. Allí le esperaba una gran sorpresa. Sólo se veía una silueta negra, pero yo supe enseguida quién era. Era Gamo Veloz, el jefe de la Liga de los Buenos.

¿Cómo había entrado allí? ¿Y qué pensaba hacer?

Continuará el próximo mes.

¡Uf! Cerré el cómic. Se me caían los párpados. Tenía tanto sueño que no podía ni leer la página del correo y decidí dejarla para el día siguiente.

Puse el cómic con mucho cuidado en la mesilla y me quedé dormido antes de apoyar la cabeza en la almohada.

Dos días después, una tarde que hacía mucho frío, Wilson vino corriendo a casa después del colegio. Llevaba un abrigo azul desabrochado. Wilson nunca se abrocha el abrigo porque no le gusta cómo le queda. Yo llevaba una camisa, un jersey y una chaqueta muy gruesa abrochada hasta la barbilla, y todavía tenía frío.

—¿Qué pasa, Wilson? —le pregunté.

Su aliento formaba nubes de vapor.

—¿Quieres venir a ver mi colección de sellos de goma?

¡Lo que hay que oír!

—Tengo que ir al dentista —contesté—. El corrector de los

dientes ya no me aprieta y me lo tiene que ajustar para que me haga daño otra vez.

Wilson asintió. El abrigo hacía juego con sus ojos azules.

—¿Cómo irás hasta allí?

Señalé la parada del autobús.

—En bus.

—Te he visto coger ese autobús muchas veces.

—En la calle Goodale hay una tienda de cómics —expliqué, cambiándome la mochila de hombro—. Voy una vez a la semana, más o menos, para ver qué cómics nuevos han salido. I I dentista queda cerca.

—¿Tienen sellos de goma en la tienda? —preguntó Wilson.

—No creo. —Vi que el autobús, azul y blanco, doblaba la esquina—. Oye, me voy. ¡Nos vemos!

Me di media vuelta y salí corriendo hacia la parada.

El conductor era un tío simpático y al verme correr me esperó. Yo le di las gracias, entre jadeos. Seguro que no le habría estado tan agradecido de haber sabido dónde me llevaba. Pero entonces ignoraba que me dirigía hacia la aventura más espeluznante de toda mi vida.



El autobús iba bastante vacío, lo cual era raro. Fui de pie un ratito, pero enseguida se bajaron dos personas y pude sentarme. Mientras recorríamos la calle Mayor, fui mirando las casas y los jardines. Sobre los tejados colgaban oscuros nubarrones. Pensé que a lo mejor estaba a punto de caer la primera nevada del invierno.

La tienda de cómics estaba a pocas manzanas de distancia. Miré la hora para ver si tenía tiempo de pasarme por allí antes de ir al dentista. Pero no, ese día no había tiempo para los cómics.

—Oye, ¿tú vas al colegio Franklin? —Una voz interrumpió mis pensamientos.

Me di la vuelta para mirar a la niña que se había sentado a mi lado. Tenía el pelo de color zanahoria, recogido en una trenza, los ojos verdes y la nariz llena de pecas. Llevaba un grueso jersey de cuadros azules y rojos y unos tejanos gastados, y sostenía en el regazo una mochila de lona roja.

—Sí —contesté.

—¿Cómo es? —La niña me miraba con los ojos entornados, como para averiguar si decía la verdad.

—Está bien.

—¿Cómo te llamas?

—Skipper —le dije.

—Qué gracioso —replicó ella con una risita.

«Me parece que esta niña no me va a caer nada bien», pensé.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Skipper —me dijo con una sonrisa—. Igual que tú.

—No, en serio —insistí.

—Libby —contestó por fin—. Me llamo Libby Zacks.

Libby se quedó mirando por la ventana. El autobús se había parado en un semáforo. Un niño pequeño se echó a llorar en la parte de atrás.

—¿Adonde vas? —me preguntó Libby—. ¿A tu casa?

Me dio vergüenza decirle que iba al dentista.

—Voy a una tienda de cómics. La que hay en Goodale.

—¿Coleccionas cómics? —Parecía muy sorprendida—. ¡Yo también!

Ahora el sorprendido era yo. Casi todos los coleccionistas de cómics que yo conocía eran chicos.

—¿Cuáles coleccionas tú? —pregunté.

—*Harry y Beanhead en el instituto* —me dijo—. Tengo todos los tomos de recopilación y también algunos números normales.

—¡Aj! —Puse cara de asco—. *¡Harry y Beanhead en el instituto!* ¡Esos cómics son una porquería!

—No son ninguna porquería.

—Son para niños pequeños —murmuré—. No son cómics auténticos.

—Están muy bien escritos —insistió ella—. Y son muy graciosos. —Me sacó la lengua—. Lo que pasa es que tú no los entiendes.

—Sí, a lo mejor —dije, poniendo los ojos en blanco.

Me puse a mirar por la ventana. El cielo se había oscurecido. No reconocí ninguna de las tiendas por las que pasábamos. Vi un restaurante llamado Pearl y una diminuta barbería. ¿Habríamos pasado de largo la tienda de cómics?

Libby entrelazó las manos sobre su mochila roja.

—¿Y tú qué coleccionas? ¿Toda esa porquería de superhéroes?

—Sí. Mi colección vale por lo menos mil dólares. A lo mejor hasta dos mil.

—¡Qué más quisieras tú! —contestó ella y liándose a reír.

—Los cómics de Harry y Beanhead nunca suben de valor —la informé—. Ni siquiera el número uno vale nada. Tú no podrías sacar ni cinco dólares por toda tu colección.

—¿Y para qué iba yo a vender la colección? —replicó ella—. No quiero venderla, no me importa su valor. A mí lo que me gusta es

leer los cómics.

—Entonces no eres una auténtica coleccionista.

—¿Todos los chicos de Franklin son como tú? —preguntó Libby.

—No. Yo soy el más guay —declaré.

Los dos nos echamos a reír.

La verdad es que todavía no había decidido si Libby me caía bien o mal. Era bastante guapa, y en cierto modo también tenía gracia.

Dejé de reírme cuando miré por la ventana y me di cuenta de que efectivamente me había pasado de parada. Vi los árboles pelados de un parquecito que no conocía. El autobús pasó de largo y aparecieron más tiendas que no había visto nunca.

De pronto sentí una punzada de pánico. No había visto aquel barrio en toda mi vida. Toqué el timbre y me levanté de un brinco.

—¿Qué te pasa? —preguntó Libby.

—M… me he pasado mi parada —balbucí.

Ella sacó las piernas al pasillo para dejarme pasar. El autobús se detuvo con un chirrido y yo me despedí y bajé corriendo.

«¿Dónde estoy? —me pregunté mirando a mi alrededor—. ¿Cómo me he podido despistar así?»

—¿Estás perdido? —preguntó una voz.

Me di la vuelta y me llevé una sorpresa. Libby se había bajado detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté bruscamente.

—Es mi parada —me contestó—. Vivo a dos manzanas de aquí. —Me señaló el camino.

—Yo tengo que volver.

Pero al darme la vuelta, vi algo que me dejó sin aliento.

—¡Aah! —grité sobresaltado. Fui a cruzar la calle—. ¡Es… es imposible!

Tenía frente a mí un edificio muy alto, de color rosa, con un tejado verde en forma de cúpula.

Estaba contemplando los cuarteles secretos del Mutante Enmascarado.

6

—Pero ¿qué te pasa, Skipper? —exclamó Libby.

Yo me había quedado sin habla, mirando el edificio con los ojos fuera de las órbitas. ¡Tenía la boca tan abierta que la barbilla casi me llegaba al suelo!

Alcé la vista hasta el tejado verde y luego la fui bajando despacio por las brillantes paredes rosa. Jamás había visto unos colores como aquéllos en la vida real. Eran colores de cómic.

Era un edificio de cómic.

Pero allí estaba, justo al otro lado de la calle.

—Skipper… ¿Estás bien? —La voz de Libby parecía muy lejana.

«¡Es real!», me dije. ¡Los cuarteles secretos del Mutante Enmascarado existían de verdad!

¿O no?

Noté que me sacudían por los hombros y salí de mi trance.

—¿Pero qué te pasa, Skipper?

—¡E… el edificio! —balbucí.

—¿Verdad que es la cosa más fea que has visto en tu vida? —preguntó Libby, moviendo la cabeza. Se echó atrás la trenza color zanahoria y se puso la mochila al hombro.

—Pero es… es… —Yo seguía con dificultades para hablar.

—Mi padre dice que el arquitecto tenía que ser daltónico. Más que un edificio parece un zepelín puesto de punta.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —pregunté, observando unas puertas de cristal que eran la única entrada.

Libby se encogió de hombros.

—No sé. Nosotros nos mudamos a este barrio la primavera pasada, y el edificio ya estaba.

Las nubes eran cada vez más oscuras y comenzaba a soplar un viento frío.

—¿Quién trabajará ahí dentro? —preguntó Libby—. No hay ningún cartel ni nada.

«Pues claro que no hay ningún cartel —pensé—. Son los cuarteles secretos del villano más peligroso del mundo. ¡Cómo iba a poner carteles el Mutante Enmascarado! No querrá que la Liga de los Buenos sepa dónde está.»

—¡Esto es de locos! —exclamé.

Libby se me quedó mirando.

—¿De verdad estás bien? —me preguntó—. Es sólo un edificio, Skipper.

Me puse colorado. Libby debía de pensar que estaba loco.

—Es que… creo que he visto este edificio en alguna parte — intenté explicar.

—Tengo que irme a casa —dijo ella, mirando el cielo oscuro—. ¿Quieres venir? Te enseñaré mi colección de cómics.

—No, llego tarde al dentista.

—¿Cómo? —Me miró con los ojos entornados—. ¿Pero no decías que ibas a la tienda de cómics?

Me puse todavía más colorado.

—Es que… voy a la tienda de cómics después del dentista.

—¿Desde cuándo llevas corrector en los dientes? —me preguntó.

Solté un gruñido.

—Desde siempre.

—Bueno, pues ya nos veremos.

—Sí. Adiós.

Libby dio media vuelta y echó a correr por la calle.

«Debe de pensar que estoy como una cabra», pensé tristemente.

Pero es que el edificio aquel me había conmocionado.

Volví junto a él. Los nubarrones ocultaban ahora el tejado y la casa parecía un cohete rosa internándose en las nubes.

Se acercaba un camión. Esperé que pasara y luego crucé corriendo la calle. El lugar estaba desierto y no había visto a nadie entrar ni salir del edificio.

«Seguro que son unas oficinas y nada más —me dije—. No hay por qué ponerse nervioso.» Pero cuando me detuve junto a las puertas de cristal de la entrada, tenía el corazón a cien por hora. Respiré hondo y eché un vistazo al interior.

Ya sé que es una tontería, pero la verdad es que esperaba ver un montón de superhéroes rondando por allí. Entorné los ojos e intenté vislumbrar algo a través de las puertas de cristal.

No había nadie. Todo estaba oscuro. Me acerqué un paso más, luego otro…

Cuando pegué la cara al cristal vi un amplio vestíbulo de paredes color rosa y amarillo, y una hilera de ascensores al fondo. Pero no había nadie.

Estaba desierto.

Cogí el pomo de la puerta y tragué saliva.

«¿Qué hago, entro? —me pregunté—. ¿Me atreveré a entrar?»

7

Cogí el pomo y empujé la pesada puerta. En ese momento vi de reojo que se acercaba un autobús azul y blanco. Eché un vistazo al reloj. Si cogía el autobús estaría en el dentista en un instante y sólo llegaría cinco minutos tarde.

Di media vuelta y eché a correr hacia la parada, con la mochila dando saltos en mi espalda. Estaba desilusionado, sí, pero al mismo tiempo sentía un gran alivio. La verdad es que Jaba bastante miedo entrar en los cuarteles generales del Mutante más malo del universo.

Cuando paró el autobús esperé a que balara un anciano y luego subí yo, compré un billete y me fui corriendo a la parte trasera. Quería echar una última ojeada al misterioso edificio rosa y verde.

En el último asiento había sentadas dos mujeres, pero yo me abrí un hueco entre ellas, pegué la cara a la ventana y me quedé mirando el edificio mientras nos alejábamos. Sus colores brillaban a pesar de lo oscuro que estaba el cielo. La calle se encontraba desierta.

A los pocos segundos el edificio se perdió de vista. Me aparté entonces de la ventana y fui a sentarme.

«Qué raro —pensé—. Qué cosa más rara.»

—¿Era exactamente el mismo edificio del cómic? —preguntó Wilson, mirándome fijamente con sus ojos azules desde el otro lado de la mesa del comedor.

Asentí con la cabeza.

—En cuanto llegué a casa fui a mirar el cómic. El edificio era exactamente igual.

Wilson sacó un bocadillo y empezó a quitarle el envoltorio.

—¿De qué has traído el bocadillo? —quiso saber.

—De atún —contesté—. ¿Y tú?

—De atún. ¿Nos los cambiamos?

—Si los dos son de atún, ¿para qué los vamos a cambiar? —le dije.

Se encogió de hombros.

—No sé.

Pero nos cambiamos los bocadillos.

El atún de su madre estaba más bueno que el de la mía. Me bebí el zumo que llevaba y tiré la manzana a la basura. Estoy harto de decirle a mi madre que no me meta una manzana en el almuerzo. Incluso le he dicho que todos los días la tiro a la basura. No entiendo por qué me la sigue poniendo.

—¿Me puedo comer tu pudín? —le pregunté a Wilson.

—No.

Terminé la primera mitad del bocadillo. No hacía más que darle vueltas a lo del misterioso edificio. No había pensado en otra cosa desde que lo vi.

—Ya tengo la solución del problema —dijo Wilson, rascándose la cabeza y con una sonrisa en la cara—. ¡Sí! ¡Ya está resuelto!

—¿Qué es? —pregunté ansioso.

—Pues muy fácil. ¿Quién dibuja *El Mutante Enmascarado*?

—¿El dibujante? Jimmy Starenko, claro. Starenko creó al Mutante Enmascarado y la Liga de los Buenos. —¿Cómo era posible que Wilson no lo supiera?

—Pues seguro que Starenko pasó algún día por aquí —prosiguió él mientras metía una pajita en su *tetrabrick* de zumo.

—¿Starenko? ¿Aquí, en Riverview Falls? —Yo no entendía nada.

Wilson asintió.

—Imagínate que Starenko viene por aquí. Va por la calle y ve aquel edificio tan raro. Sale del coche, se lo queda mirando y piensa: «¡Es un edificio genial! Será perfecto como cuartel general del Mutante Enmascarado.»

—Ah, ya veo —murmuré—. Quieres decir que le gustó el

edificio y lo copió en sus dibujos.

—Claro. —Wilson tenía un trozo de apio entre los dientes—. A lo mejor hizo unos bocetos del edificio y luego los metió en un cajón hasta que le hicieron falta.

Parecía lógico. En realidad parecía tan lógico que resultaba decepcionante. Ya sé que es una tontería, pero la verdad es que yo deseaba con toda mi alma que aquel edificio albergara los cuarteles secretos del Mutante Enmascarado.

Wilson lo había estropeado todo. ¿Por qué tenía que haber sido tan listo precisamente esta vez?

—Tengo unos sellos nuevos —me dijo mientras terminaba su pudín—. ¿Quieres ver líos? Te los puedo llevar a casa después del cole.

—No, gracias. No sé si podría resistir tanta emoción.

Tenía pensado volver al edificio esa misma tarde, pero la señora Partridge nos puso un montón de deberes, así que tuve que ir derecho a casa.

Al día siguiente nevó. Wilson y yo fuimos con otros chicos a Grover's Hill a montar en trineo.

Una semana después tuve ocasión de volver por fin al edificio. «Esta vez pienso entrar —me dije—. Tiene que haber una recepcionista o algún vigilante. Les preguntaré para qué es el edificio y quién trabaja allí.»

Al subir al autobús, después del colegio, me sentía muy valiente. Al fin y al cabo era un edificio de oficinas. Nada del otro mundo. Me senté en la parte delantera y busqué a Libby con la mirada, El autobús iba lleno de niños que volvían a casa después de las clases. En los últimos asientos vi una niña pelirroja charlando con una amiga, pero no era Libby.

No había ni rastro de ella. Me puse a mirar por la ventanilla. El autobús dejó atrás la tienda de cómics. Unas manzanas más allá estaba la consulta del dentista. Sólo con verla me dolían los dientes.

Era una tarde soleada y luminosa. El sol entraba por las ventanas del autobús y me tenía que proteger los ojos con la mano. Tenía que estar muy atento porque no sabía muy bien en qué parada tenía que bajarme. La verdad es que aquel barrio me

resultaba totalmente desconocido.

El pasillo estaba atestado de niños, así que no alcanzaba a ver por las ventanas del otro lado. «Espero que no nos lo hayamos pasado», pensé. Tenía el estómago encogido. Me daba un miedo espantoso perderme.

Mi madre cuenta que cuando yo tenía dos años estuve un rato perdido en la sección de congelados de unos grandes almacenes. Creo que desde entonces he tenido miedo a perderme.

Cuando se detuvo el autobús reconocí el parquecito al otro lado de la calle. ¡Era la parada!

—¡¡Me bajo aquí!! —grité, saliendo de un brinco al pasillo. Iba tan deprisa que le di un golpe a un niño con la mochila—. ¡Lo siento! ¡Un momento, que me bajo!

Me abrí paso entre la multitud de niños y bajo los escalones de un salto. El autobús se alejó. El sol caía a raudales. Me acerqué a la esquina. Sí, era la parada, estaba seguro. Me di la vuelta, alcé los ojos para ver el curioso edificio… y me encontré de narices con un solar vado.

El edificio había desaparecido.



Me quedé de piedra. ¿Cómo era posible? Me protegí los ojos con una mano para mirar al otro lado de la calle. ¿Cómo podía haber desaparecido aquel edificio gigantesco en una semana?

No tuve mucho tiempo para pensar en ello. Acababa de llegar otro autobús.

—¡Skipper! ¡Eh, Skipper! —Libby bajó de un brinco y me llamó a gritos.

Llevaba el mismo jersey azul y rojo y los mismos tejanos gastados y rotos en la rodilla. Tenía el pelo recogido en una coleta con un pasador azul.

—Oye, ¿qué haces otra vez en mi barrio? —me preguntó sonriendo mientras se acercaba a toda prisa.

—¡E… el edificio! —balbucí, señalando el solar—. ¡Ha desaparecido!

A Libby se le cambió la cara.

—¿Cómo?, ¿ni siquiera saludas? —dijo, mirándome con el ceño fruncido.

—Hola. ¿Qué ha pasado con el edificio?

Ella se volvió a mirar y se encogió de hombros.

—Pues supongo que lo habrán derribado.

—Pero… pero…

—Era feísimo. A lo mejor lo ha derribado el ayuntamiento.

—Pero ¿tú has visto que lo derribaran? —pregunté con impaciencia—. Vives aquí cerca, ¿verdad? ¿Has visto algo?

Ella se quedó pensativa, con los ojos entre-cerrados.

—Pues… no —replicó por fin—. He pasado por aquí unas cuantas veces pero…

—¿Has visto alguna grúa? —insistí ansioso—. ¿Has visto máquinas de derribo? ¿Has visto algún obrero?

Libby movió la cabeza.

—No. La verdad es que no he visto nada. Pero tampoco me he fijado.

Se quitó la mochila roja y la sostuvo con las dos manos.

—No sé por qué te interesa tanto un edificio tan feo, Skipper. Yo me alegro de que no esté.

—¡Pero estaba en el cómic!

—¿Cómo? —Libby se me quedó mirando—. ¿De qué hablas?

—De nada, de nada —murmuré.

—Skipper, ¿has venido hasta aquí sólo para ver el edificio?

—Claro que no —mentí.

—¿Quieres venir a casa a ver mi colección de cómics?

Estaba tan desanimado y tan confuso que le dije que sí.

Salí corriendo de casa de Libby en menos de una hora. Los cómics de *Harry y Beanhead en el instituto* son un aburrimiento mortal. Y el dibujo es malísimo. Es evidente que las dos chicas son exactamente iguales, sólo que una es rubia y la otra morena.

¡Agh!

Libby insistió en enseñarme todos los cómics de Harry y Beanhead que tenía. ¡Y los tenía a montones! Claro que yo no me concentraba en ellos. No podía dejar de pensar en el extraño edificio. ¿Cómo podía haberse desvanecido sin dejar ni rastro?

Volví a la parada del autobús de la calle Mayor. El sol se hundía detrás de los tejados, y unas largas sombras azuladas se extendían por las aceras.

«Cuando llegue a la esquina seguro que vuelvo a ver el edificio», pensaba. Pero, claro, no fue así.

Ya lo sé, ya lo sé.

A veces pienso cosas raras. Supongo que me viene de leer tantos cómics.

Tuve que esperar casi media hora a que llegara el autobús, y durante todo ese rato no hice más que mirar el solar vacío y pensar

en el edificio desaparecido.

Cuando por fin llegué a casa, un sobre marrón me esperaba en la mesita de la entrada, donde mi madre deja siempre el correo.

—¡Sí! —exclamé encantado. ¡Era el número especial de *El Mutante Enmascarado*! La compañía de cómics editaba ese mes dos números especiales, y éste era el primero.

Saludé a mi madre, tiré al suelo el abrigo y la mochila y subí a toda velocidad las escaleras hacia mi habitación, aferrando el cómic con una mano.

Estaba loco por ver lo que pasaba después de que Gamo Veloz se metiera en los cuarteles del Mutante Enmascarado. Saqué el cómic del sobre con mucho cuidado y miré la portada. Ahí estaba el edificio rosa y verde.

Abrí el cómic Con mano temblorosa. El título estaba escrito con grandes y espeluznantes letras rojas: LA MAÑANA DE UN MUTANTE. El Mutante Enmascarado aparecía delante de una gran consola de comunicaciones, frente a una pared en la que había por lo menos veinte monitores de televisión. En cada uno aparecía un miembro de la Liga de los Buenos.

«Les sigo la pista a todos —decía el Mutante Enmascarado en el primer bocadillo—. Nunca me encontrarán. ¡He ocultado mis cuarteles tras una Cortina Invisible!»

Me quedé con la boca abierta. Leí aquellas palabras por lo menos tres veces y al final se me cayó el cómic de las manos.

¡Una Cortina Invisible! ¡No se podía ver el edificio del Mutante Enmascarado porque está detrás de una Cortina Invisible! Me incorporé en la cama, nerviosísimo. Respiraba con agitación y notaba que la sangre me palpitaba en las sienes.

¿Habría pasado eso mismo en la vida real? ¿Era ésa la razón de que no hubiera visto el edificio rosa y verde esa tarde? ¿Me estaba dando el cómic la respuesta al misterio del edificio desaparecido?

Parecía una locura. Parecía una auténtica locura.

¿Pero sería real? ¿Sería verdad que el edificio estaba oculto tras una Cortina Invisible? ¡La cabeza me daba vueltas más rápidas que las del Sorprendente Hombre Tornado! Sólo sabía una cosa, que tenía que ir a averiguar la verdad.



Al día siguiente, después del colegio, tenía que ir con mi madre a comprarme unas zapatillas de deporte. Por lo general me pruebo lo menos diez o doce pares y luego elijo las más caras, esas que tienen cámara de aire o luces que brillan cuando uno anda.

Pero esta vez me compré las primeras que vi, unas Reebok sencillitas, blancas y negras. ¿Cómo iba a estar pendiente de unas zapatillas de deporte cuando tenía que descubrir un edificio invisible?

Al volver a casa en el coche empecé a contarle a mi madre lo del edificio, pero ella me interrumpió enseguida.

—Ya podías prestar en el colegio la misma atención que les prestas a esos cómics absurdos —dijo con un suspiro.

Siempre dice lo mismo.

—¿Cuánto tiempo hace que no has leído un buen libro? —prosiguió.

También eso lo dice siempre. Decidí cambiar de tema.

—Hoy hemos diseccionado un gusano en clase de ciencias.

Mamá puso cara de asco.

—¿No tiene tu profesor otra cosa mejor que hacer que abrir inocentes gusanos?

No había forma de tenerla contenta.

Al día siguiente, con mis zapatillas de deporte nuevas, cogí el autobús, muy nervioso. Al pagar el billete vi a Libby sentada al fondo, y cuando el autobús se puso en marcha bruscamente recorrí

el pasillo a trompicones y me senté a su lado.

—Voy otra vez al edificio —dije sin aliento—. Creo que está oculto detrás de una Cor-tina Invisible.

—¿Es que no sabes saludar? —se quejó ella, poniendo los ojos en blanco.

La saludé y repetí lo que acababa de decir de la Cortina Invisible. Le conté que lo había leído en el último número de *El Mutante Enmascarado* y que a lo mejor el cómic explicaba lo que sucedía en la vida real.

Libby me escuchó con atención, sin moverse, sin pestañear siquiera. Por fin entendía por qué estaba yo tan emocionado con lo del edificio.

Cuando terminé de contárselo todo, ella me puso la mano en la frente.

—Pues no, no tienes fiebre —dijo—. ¿Vas al psiquiatra?

—¿Cómo dices? —Le aparté la mano.

—Que si vas al psiquiatra. Estás como una cabra.

—No estoy loco, y te lo voy a demostrar. Vente conmigo.

Ella se pegó a la ventana, como si quisiera alejarse de mí.

—Ni hablar. Es increíble que pienses que los cómics pueden hacerse realidad.

De pronto Libby señaló la ventana.

—¡Mira, Skipper! ¡Ahí va el Conejo de la Suerte! ¡Le está dando un huevo al Ratoncito Pérez! —Se echó a reír.

—Ja ja —gruñí yo enfadado. Tengo bastante sentido del humor, pero no me gusta que se ría de mí una niña que colecciona los cómics de *Harry y Beanhead en el instituto.*

El autobús llegó a la parada. Cogí la mochila y fui a la salida. Libby bajó detrás de mí. Mientras el autobús se alejaba soltando humo negro por el tubo de escape miré al otro lado de la calle.

El solar estaba vacío.

—¿Qué? —Me volví hacia Libby—. ¿Vienes?

Ella frunció la boca con expresión pensativa.

—¿Al solar? Oye, Skipper, ¿no crees que vas a hacer el ridículo cuando compruebes que allí no hay nada?

—Pues entonces vete a tu casa —le dije bruscamente.

—Vale, voy contigo —replicó ella con una sonrisa.

Cruzamos la calle. Dos chicos estuvieron a punto de atropellarnos con sus bicicletas.

—¡Fallamos! —exclamó uno. El otro se echó a reír.

—¿Cómo atravesaremos la Cortina Invisible? —preguntó Libby. Su voz sonaba seria, pero se le notaba en los ojos que se estaba burlando de mí.

—En el cómic simplemente se pasa a través de ella —dije—. No se nota ni nada. Es como una cortina de humo. Pero en cuanto uno la atraviesa, se ve el edificio.

—Vale, vamos a intentarlo. —Libby se echó la coleta por encima del hombro—. Venga, vamos de una vez.

Dimos un paso hacia el solar. Otro paso más, otro…

—Me parece increíble estar haciendo esto —gruñó Libby. Avanzamos un paso más—. Me parece increíble estar…

De pronto el edificio apareció a la vista.

—¡Aaaah! —gritamos los dos a la vez. Libby me apretó la muñeca con todas sus fuerzas. Tenía la mano helada.

Estábamos muy cerca de la puerta de entrada. Las brillantes paredes del edificio rosa y verde se alzaban por encima de nosotros.

—¡Tenías razón! —exclamó Libby, que seguía apretándome la muñeca.

Tragué saliva. Intenté decir algo, pero tenía la boca tan seca que no podía ni hablar. Carraspeé.

—¿Y ahora qué? —preguntó Libby, mirando el edificio.

Yo seguía sin pronunciar palabra.

«¡El cómic es real! —pensaba—. ¡El cómic es real!»

¿Significaba aquello que el edificio pertenecía realmente al Mutante Enmascarado?

¡Madre mía! Intenté calmarme. El corazón me iba a mil.

—¿Y ahora qué? —repitió Libby con impaciencia—. Vámonos de aquí, ¿vale? —Por primera vez parecía verdaderamente asustada.

—¡Ni hablar! —dije yo—. Venga, vamos a entrar.

Ella tiró de mí.

—¿Entrar? ¿Estás loco?

—Tenemos que entrar. Venga, no te lo pienses. Vamos.

Respiré hondo, abrí la pesada puerta de cristal y entré en el edificio.

10

Entramos en el vestíbulo, que estaba muy iluminado. El corazón me latía tan deprisa que me dolía el pecho. Me temblaban las rodillas. ¡En mi vida había pasado tanto miedo!

Miré rápidamente a mi alrededor. El vestíbulo era tan enorme que parecía extenderse hasta el infinito. Las paredes de color rosa y amarillo emitían un suave resplandor. El radiante techo blanco parecía estar a dos kilómetros de distancia. No había ningún mostrador de recepción, ni sillas, ni mesas. No había muebles de ningún tipo.

—¿Dónde está la gente? —susurró Libby. Se notaba que también tenía miedo. Iba cogida de mi brazo y no se separaba de mí.

La enorme habitación estaba desierta. No se veía a nadie. Di otro paso y oí un suave pitido.

Un rayo de luz amarilla salió disparado de una pared y me cubrió todo el cuerpo. Sentí un ligero cosquilleo, como cuando a uno se le duerme un brazo. La sensación me recorrió rápidamente de la cabeza a los pies. Al cabo de un segundo la luz se desvaneció y el hormigueo también.

—¿Qué ha sido eso? —le susurré a Libby.

—¿Qué ha sido el qué?

—¿No lo has notado?

Ella movió la cabeza.

—Yo no he notado nada. No me asustes, Skipper.

—Era una especie de rayo eléctrico —expliqué—. Me cayó encima cuando di un paso adelante.

—Vámonos de aquí —murmuró ella—. Este silencio me pone los pelos de punta.

Dirigí la vista hacia la hilera de ascensores en la pared amarilla. ¿Me atrevería a coger alguno? ¿Tendría el valor de hacer una pequeña exploración?

—Oye, no es más que un edificio de oficinas —le dije a Libby, intentando darme ánimos también a mí.

—Bueno, pues si es un edificio de oficinas, ¿dónde está la gente?

—A lo mejor las oficinas están cerradas.

—¿En martes? —replicó Libby—. Pero si no es fiesta… Yo creo que el edificio está vacío, Skipper. Para mí que aquí no trabaja nadie.

Di unos pasos hacia los ascensores. Mis zapatillas de deporte resonaban en el suelo de mármol.

—Las luces están todas encendidas, Libby.

Y la puerta estaba abierta.

Ella se apresuró a venir a mi lado. Seguía mirando de un lado a otro. Se le notaba que tenía muchísimo miedo.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Sabes que esto no es un edificio de oficinas. Tú crees que son los cuarteles de ese personaje de cómic, ¿a que sí?

Tragué saliva. Me seguían temblando las rodillas, sin que pudiera evitarlo.

—Bueno, a lo mejor lo es —contesté, con la vista fija en los ascensores que teníamos delante—. ¿Cómo explicas si no lo de la Cortina Invisible? Estaba en el cómic… y estaba en torno al edificio.

—N… no le veo ninguna explicación —balbució Libby—. Es muy raro. Todo esto es rarísimo. Este sitio me da muy mala espina, Skipper. Creo que…

—Sólo hay una forma de averiguar la verdad —dije yo. Intentaba parecer valiente, pero la voz me temblaba tanto como las rodillas.

Libby miró también los ascensores y adivinó lo que estaba pensando.

—¡Ni hablar! —gritó, retrocediendo hacia las puertas de cristal.

—Sólo vamos a subir y bajar —le dije—. Podemos echar un vistazo unos pisos más arriba.

—¡Ni hablar! —repitió ella. De pronto se había puesto muy pálida y tenía los ojos muy abiertos, con expresión de miedo.

—Oye, sólo tardaremos un momento —insistí—. Ya que hemos llegado hasta aquí tenemos que explorar un poco. No quiero irme a casa sin averiguar qué es este edificio.

—Pues sube tú en el ascensor si quieres —dijo ella—. Yo me voy a mi casa. —Retrocedió hasta la puerta.

Fuera se veía un autobús azul y blanco del que bajó una mujer con un niño en un brazo y un cochecito en el otro.

«Puedo salir corriendo y coger el autobús —pensé—. Puedo salir sano y salvo de aquí y volver a casa.» Pero ¿qué ocurriría al llegar a casa? Pues que me sentiría un cobarde, un gallina. Me pasaría un día detrás de otro pensando en el edificio y preguntándome si en realidad no sería el cuartel secreto de un supervillano real.

El edificio seguiría siendo un misterio si cogía el autobús, y el misterio me podía volver loco.

—Vale, Libby, vete si quieres —le dije—. Yo voy a subir en el ascensor hasta arriba, y luego bajo.

Ella me miró pensativa y puso los ojos en blanco.

—Está bien, está bien. Voy contigo —murmuró, moviendo la cabeza.

La verdad es que me alegré. No me apetecía nada subir solo.

—Que conste que voy contigo sólo porque me das pena —declaró Libby, siguiéndome hacia los ascensores.

—¿Cómo que te doy pena?

—Sí, porque estás como una cabra. Crees que un cómic puede hacerse realidad. Me das mucha pena.

—Gracias a Dios, Harry y Beanhead no pueden hacerse reales —bromeé—. ¿Y qué pasa con la Cortina Invisible? —añadí—. Era real, ¿no?

En vez de contestar, Libby se echó a reír. —¡Te estás tomando esto en serio! —dijo. Sus carcajadas resonaron en el gigantesco vestíbulo desierto. Me sentí un poco más valiente y también yo me eché a reír.

«¿A qué viene tanto nervio? —me pregunté—. Vas a coger un ascensor, ¿qué pasa? Venga, hombre, que no te vas a encontrar de narices con el Mutante Enmascarado —me tranquilicé—. Seguro

que arriba no hay más que oficinas normales y corrientes.»

Pulsé el botón de la pared, y al instante se abrió la puerta plateada del ascensor que teníamos delante. Asomé la cabeza. Las paredes eran de madera, con un pasamanos metálico. No había ninguna indicación, ningún cartel.

De pronto me di cuenta de que en el vestíbulo tampoco había carteles, ni siquiera un letrero con el nombre del edificio, ni señales que indicaran adonde debía dirigirse uno.

Todo era muy raro.

—Vamos —dije.

Libby no se movió. Le di un tirón del brazo y la metí en el ascensor.

Las puertas se cerraron en silencio al instante. Me volví hacia el panel de botones, que era un rectángulo largo y plateado, y pulsé el del último piso. El ascensor empezó a zumbar y se puso en marcha con una ligera sacudida.

Me giré hacia Libby. Tenía la espalda apoyada contra la pared del fondo, las manos metidas en los bolsillos y la vista fija en la puerta.

—Nos movemos —murmuré.

El ascensor aceleró.

—¡Eh! —gritamos Libby y yo al mismo tiempo.

—¡Vamos hacia abajo! —exclamé.

Había pulsado el botón del último piso pero estábamos cayendo, y muy deprisa. Cada vez más deprisa. Me agarré al pasamanos.

¿Adonde íbamos?

¿Se detendría el ascensor?



El ascensor se detuvo con un golpe tan seco que me dobló las rodillas.

—¡Uf! —exclamé.

Solté el pasamanos y me volví hacia Libby.

—¿Estás bien?

Ella asintió. No había apartado la vista de la puerta del ascensor.

—Deberíamos haber ido arriba —murmuré muy nervioso—. Yo le di hacia arriba.

—¿Por qué no se abre la puerta? —preguntó Libby con voz temblorosa.

Nos la quedamos mirando. Yo me planté en el centro del ascensor.

—¡Ábrete! —ordené.

La puerta no se movió.

—¡Estamos encerrados! —dijo Libby con voz chillona.

—No —contesté yo, dándomelas de valiente—. Ya verás como se abre. Lo que pasa es que tarda un rato.

Pero la puerta no se abría.

—El ascensor está estropeado —gimió Libby—. Nos quedaremos aquí encerrados para siempre. ¡El aire se está acabando! ¡No puedo respirar!

—No te pongas histérica —le advertí, intentando utilizar un tono de voz tranquilo—. Respira hondo, Libby. Hay aire de sobra.

Ella respiró profundamente y soltó el aire con un largo suspiro.

—¿Por qué no se abre la puerta? ¡Te dije que no cogiéramos el

ascensor!

Me volví hacia el panel de control. Abajo había un botón que ponía ABRIR. Lo pulsé, y al instante se abrió la puerta.

—¿Ves? —le dije a Libby—. No ha pasado nada.

—¿Pero dónde estamos?

Asomé la cabeza para echar un vistazo. Estaba muy oscuro, pero vi una especie de sala de máquinas.

—Creo que es el sótano —dije—. Hay muchas tuberías, una caldera y otras cosas.

—Vámonos —me apremió Libby, pegándose a la pared del ascensor.

Yo salí al pasillo y miré a ambos lados. No se veía gran cosa. Más máquinas, una hilera de cubos de basura y una pila de grandes cajas de metal.

—Vámonos, Skipper —dijo Libby—. ¡Vámonos ahora mismo!

Volví a subir al ascensor y pulsé el botón de VESTÍBULO, pero la puerta no se cerró. El ascensor seguía inmóvil y en silencio. Volví a apretar el botón. Lo apreté cinco o seis veces, pero nada.

De pronto se me hizo un nudo en la garganta más grande que una sandía. No me apetecía nada quedarme atrapado en aquel sótano oscuro.

Me puse a pulsar botones como un loco. Los apreté todos. Pulsé cinco o seis veces un botón rojo que decía ALARMA.

Nada.

—¡Es increíble! —exclamé.

—Vamos a tomar otro ascensor —sugirió Libby.

«Buena idea —pensé. En el vestíbulo había una larga hilera de ascensores—. Vamos a llamar a otro ascensor para que baje a recogernos.»

Eché a andar por el sótano oscuro, con Libby pegada a mis talones.

—¡Ah! —Soltamos un grito al ver que la puerta del ascensor se cerraba rápidamente a nuestras espaldas.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté—. ¿Por qué no se ha cerrado antes?

Libby no contestó.

Esperé a que los ojos se me acostumbraran a la oscuridad y

entonces vi lo que estaba mirando Libby.

—¿Dónde están los ascensores? —gritó.

Estábamos frente a una pared desnuda. El ascensor que nos había bajado hasta allí era el único que había. Di media vuelta para mirar las otras paredes, pero estaba todo tan negro que no se veía nada.

—Supongo que los ascensores no bajan hasta aquí —murmuró Libby con voz trémula.

Yo busqué en la pared el botón de llamada de nuestro ascensor, pero no encontré nada.

—¡No hay salida! —gimió Libby—. ¡No podemos salir de aquí!

12

—A lo mejor hay ascensores en la otra pared —dije yo, señalando al otro lado de la enorme habitación oscura.

—A lo mejor —repitió Libby dubitativa.

—Puede que haya escaleras.

—Puede.

De pronto di un brinco al oír un ruido sordo seguido de un zumbido.

—Es la caldera, que se ha puesto en marcha —le dije a Libby.

—Tenemos que encontrar la salida —me apremió ella—. ¡No volveré a subir a un ascensor en toda mi vida!

Me puso la mano en el hombro y yo eché a andar en la oscuridad. La gran caldera emitía un ruido espantoso. Al pasar por delante de otra máquina enorme oímos un suave repiqueteo.

—¿Hay alguien aquí? —grité. Mi voz resonó en las largas y polvorientas tuberías que corrían por el techo bajo. Hice bocina con las manos y volví a gritar—: ¿Hay alguien? ¿Hay alguien aquí?

Silencio.

Lo único que se oía era el ruido de la caldera y el suave crujido de nuestras zapatillas de deporte al caminar.

Cuando nos acercamos a la pared opuesta, vimos que allí tampoco había ascensores. La pared de yeso estaba desnuda, excepto por un grueso triángulo de telarañas cerca del techo.

—Tiene que haber alguna escalera para salir de aquí —susurró Libby, justo detrás de mí.

Una luz tenue iluminaba un estrecho umbral un poco más

adelante.

—A ver adonde lleva eso —dije, quitándome una pegajosa telaraña de la cara.

Atravesamos el umbral y nos encontramos en un largo pasillo. Unas bombillas polvorientas, colgadas del techo, arrojaban una luz blanca sobre el suelo de cemento.

—¿Hay alguien aquí? —volví a gritar. Mi voz sonaba hueca en el largo túnel del pasillo.

Nadie contestó.

A ambos lados del pasillo se abrían oscuras puertas por las que yo iba asomando la cabeza a medida que pasábamos. Vi pilas de cajas, altos armarios y extrañas máquinas que no reconocí. Una habitación estaba atestada de gigantescos rollos de cable metálico. En otra había láminas de metal apiladas casi hasta el techo.

—¡Holaaaaaa! —grité—. ¡Holaaaaa!

Nada.

De pronto vi unas luces rojas que parpadeaban en una sala. Me detuve en la puerta y advertí una especie de panel de control. Delante de una pared cubierta de lucecitas rojas y verdes había un gran mostrador lleno de botones y palancas, y junto al mostrador, tres taburetes.

No había nadie en los controles. La sala estaba tan desierta como el resto de aquel sótano espantoso.

—Qué raro, ¿no? —susurré a Libby.

Al ver que no me contestaba me di la vuelta para ver si estaba bien.

—¿Libby?

Había desaparecido.

13

—¿Libby?

Me eché a temblar de la cabeza a los pies.

—¿Dónde estás?

Miré por el largo pasillo. Ni rastro de Libby.

—¿Libby? Oye, como sea una broma… —comencé, pero la frase se me quedó atascada en la garganta.

Comencé a retroceder por donde habíamos venido, casi sin poder respirar.

—¿Libby? —Me paré a llamarla en cada puerta—. ¿Libby?

El pasillo trazaba una curva. Eché a correr llamando a Libby y me fui asomando a todas aquellas habitaciones oscuras. ¿Cómo podía haberse perdido? El pánico me invadía de tal forma que no me dejaba ni respirar. ¿Cómo podía haber desaparecido si la tenía justo detrás?

Doblé otra esquina y salí a un pasillo que todavía no había explorado.

—¿Libby?

El estrecho pasillo conducía a una enorme sala. Allí la claridad era tan intensa que tuve que cerrar los ojos ante el súbito resplandor. AI volver a abrirlos me encontré de narices con una máquina gigantesca. La luz provenía de unos grandes focos en el techo.

Aquella máquina era más grande que una casa. A un lado tenía un enorme panel de control lleno de diales, botones y luces. Una especie de cinta transportadora llevaba varios rodillos, y al final de

la máquina había una gran rueda blanca. No, era un cilindro. No, era un rollo de papel blanco.

¡Se trataba de una máquina de imprimir!

Entré con paso vacilante en la sala, esquivando pilas de papeles y cajas de cartón. El suelo estaba cubierto de papeles manchados de tinta, arrugados, doblados o rasgados. Me fui acercando a la gigantesca rotativa entre un mar de papeles que casi me llegaba a las rodillas.

—¿Libby? ¿Estás ahí? ¡Libby!

Silencio.

Aquella habitación estaba tan desierta como las demás. El papel crujía bajo mis pies. Me acerqué a una larga mesa que había al fondo de la sala y me senté en un taburete rojo. Aparté a patadas varias hojas de papel, y al mirar a mi alrededor acudieron a mi mente un montón de preguntas.

«¿Dónde está Libby? ¿Cómo puede haber desaparecido así, sin más? ¿Estará cerca? ¿Vendrá por el pasillo hasta llegar a esta sala?»

¿Dónde estaban todos? ¿Por qué se encontraba tan desierto aquel lugar? ¿Sería allí donde imprimían los cómics? ¿Me encontraba en el sótano de Cómics Coleccionables, la compañía que publicaba *El Mutante Enmascarado*?

Preguntas y más preguntas.

Me iba a estallar la cabeza. Miré en torno a la desordenada sala buscando a Libby con la mirada. ¿Dónde estaba? ¿Dónde?

Me volví hacia la mesa… y me quedé de piedra. El Mutante Enmascarado me miraba fijamente.

14

Un enorme dibujo a color del Mutante Enmascarado me contemplaba desde la mesa. Me había dado un susto de muerte.

Cogí el dibujo y vi que estaba pintado a tinta en un grueso cartón. La capa del Mutante Enmascarado flotaba tras él. El villano parecía mirarme a través de su máscara con ojos furiosos y malévolos. La tinta brillaba como si todavía estuviera húmeda. Pasé el dedo por el borde de la capa y no me manché.

«¿Será un dibujo de Starenko?», me pregunté sin dejar de observarlo.

Al otro lado de la mesa vi un montón de papeles en un mostrador bajo que recorría toda la pared. Bajé de un brinco del taburete y me puse a revolver los papeles.

Eran dibujos a tinta y bocetos a lápiz, muchos de ellos del Mutante Enmascarado, que aparecía en distintas poses. A veces salía moviendo sus moléculas, convirtiéndose en algún animal salvaje o en una terrible criatura extraterrestre.

Abrí una gruesa carpeta y encontré una docena de dibujos a color de los miembros de la Liga de los Buenos. Vi también varios bocetos a lápiz de personajes que no conocía.

«¡Aquí debe de ser donde hacen los cómics!», me dije. Estaba tan nervioso con mi descubrimiento que casi me había olvidado de Libby. ¡El edificio rosa y verde debía de ser la central de Cómics Coleccionables!

Empezaba a tranquilizarme. Me desapareció el miedo como las plumas del Polluelo Luchador. No había nada que temer. No estaba

en los cuarteles del supervillano más malvado del mundo, sino en el sótano de una editorial de cómics. Allí era donde trabajaban los guionistas y dibujantes, y allí era donde imprimían los cómics todos los meses. ¿Por qué iba a tener miedo?

Fui recorriendo el mostrador, mirando una carpeta tras otra. Encontré un montón de bocetos para un cómic que acababa de comprar. Era de lo más emocionante tener en la mano aquellos originales. La página era muy grande, por lo menos el doble que las del cómic. Se ve que los dibujantes hacen dibujos de gran tamaño y luego los reducen para publicarlos.

Encontré unas viñetas nuevas del Mutante Enmascarado. Supe que eran nuevas porque no recordaba haberlas visto nunca en mis cómics, y tengo toda la colección.

Dibujos y más dibujos. Casi me dolían los ojos. Jamás hubiera soñado que Cómics Coleccionables estuviese allí mismo, en Riverview Falls.

Ojeé una colección de bocetos de los Hombres Pingüino. Nunca me habían caído bien. Ya sé que son buenos tipos y que todo el mundo está encantado con ellos, pero a mí me parece que tienen pinta de idiotas con sus trajes blancos y negros.

Me lo estaba pasando bomba, me estaba divirtiendo como un enano, pero todo lo bueno le acaba, y a mí se me acabó cuando abrí la última carpeta del mostrador.

Me quedé mirando los dibujos sin dar crédito a mis ojos y empecé a pasar las hojas con mano temblorosa.

—¡Es imposible! —grité en voz alta.

¡En los dibujos aparecía yo!

15

Me puse a revolver como un loco el montón de láminas.

«Son imaginaciones tuyas, Skipper —me decía—. El chico de los dibujos se parece a ti, pero nada más. En realidad no eres tú.»

Pero tenía que ser yo. En todos los bocetos el chico tenía mi cara redonda, mi pelo oscuro muy corto por los lados y largo por arriba. Era bajito como yo, y un poco regordete. Tenía mi sonrisa, un poco torcida a un lado. Llevaba mi ropa: tejanos anchos y camisetas de manga larga con bolsillos.

De pronto cogí un dibujo y me lo acerqué a la cara.

—¡Madre mía! —exclamé.

El chaval que aparecía tenía incluso un diente mellado, como yo.

—¡Es imposible! —grité. Mi voz sonó chillona en la enorme sala.

¿Quién me había estado dibujando? ¿Y por qué? ¿Por qué querría un dibujante de cómics hacer un montón de bocetos míos? ¿Y cómo me conocía tan bien? ¿Cómo sabía el dibujante que tenía un diente mellado?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Estaba muerto de miedo. Me quedé mirando los dibujos, con el corazón desbocado. En uno de los bocetos aparecía yo muy asustado. Estaba huyendo de algo, con los brazos muy rígidos echados hacia delante.

En otro papel aparecía mi cara en primer plano, con expresión de enfado. No, más que enfadado parecía furioso.

Más adelante aparecía sacando bola. «Vaya, no estoy nada mal», pensé. Me habían dibujado unos bíceps de superhéroe.

En otro dibujo se me veía con los ojos cerrados. ¿Estaría dormido, o estaría muerto?

Todavía seguía allí petrificado, observando un dibujo tras otro, cuando oí pasos. No estaba solo.

—¿Qui… quién anda ahí? —grité.

16

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Libby enfadada, corriendo hacia mí—. ¡Te he buscado por todas partes!

—¿Dónde te habías metido tú? —repliqué—. Creí que venías detrás.

—¡Y yo creí que tú ibas delante! —gritó ella—. Y de pronto desapareciste detrás de una esquina. —Se detuvo delante de mí, jadeando, con la cara más roja que un tomate—. ¿Cómo se te ocurre dejarme sola en un sitio tan horrible como éste?

—¿Que yo te dejé sola? ¡Pero si fuiste tú!

Libby movió la cabeza. Todavía respiraba con agitación.

—Vámonos de aquí, Skipper. He encontrado unos ascensores que funcionan. —Me tiró de la manga.

Yo cogí el montón de dibujos.

—Mira, Libby. Mira esto.

—¿Lo dices en serio? —chilló ella—. Yo lo que quiero es salir de aquí, y no ponerme a ver dibujos de cómic.

—Pero… pero… —balbucí, blandiendo los papeles.

Ella echó a andar hacia la puerta.

—Te digo que he encontrado unos ascensores. ¿Vienes o no?

—¡Pero en estos dibujos salgo yo!

—Sí, ya —replicó Libby con sarcasmo. Se detuvo delante de la enorme rotativa y se volvió hacia mí—. ¿Y para qué iba alguien a querer dibujarte, Skipper?

—Pues no lo sé, pero aquí…

—Menuda imaginación. Pareces un chico normal, pero estás

como una cabra. Adiós. —Libby echó a correr hacia la puerta pisando los papeles esparcidos por el suelo.

—¡Espera! —Dejé los dibujos en el mostrador y salí disparado detrás de ella—. ¡Espera, Libby!

La seguí hasta el pasillo. Yo tampoco quería quedarme solo en aquel sitio terrible. Quería ir a casa para poder pensar. Tenía que aclarar las cosas. Me daba vueltas la cabeza y me encontraba totalmente confundido.

Atravesamos el largo túnel del pasillo, y al doblar una esquina vi una hilera de ascensores.

Libby pulsó el botón de la pared y un ascensor se abrió en silencio. Antes de dar un paso miramos dentro y vimos que estaba vacío. Estábamos jadeando. A mí me dolía la cabeza y el costado. No dijimos ni una palabra. Libby apretó el botón que ponía VESTÍBULO. Oímos un suave zumbido y nos pusimos en marcha.

Cuando la puerta se abrió y aparecieron las paredes de color amarillo y rosa del zaguán, gritamos de alegría. Salimos como un rayo del ascensor y fuimos disparados hacia la salida.

Ya en la calle me detuve y me incliné con las manos en las rodillas, respirando grandes bocanadas de aire. Libby le echó una ojeada al reloj.

—Tengo que irme a casa —dijo—. ¡Mi madre me va a matar!

—¿Te has creído lo que te dije de los dibujos? —pregunté sin aliento.

—¡Que me lo iba a creer! —Se despidió con un gesto y echó a andar hacia su casa.

Se acercaba un autobús. Me saqué una moneda del bolsillo y me volví para echar un último vistazo al extraño edificio. Pero se había desvanecido una vez más.

Necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había pasado. Sin embargo, cuando llegué .1 mi casa encontré a Wilson, que me estaba esperando.

—He traído unos sellos de goma —dijo al llegar a mi habitación, poniéndome una bolsa de papel marrón delante de las narices—. He pensado que te gustaría verlos. Son los mejores de la colección.

—Wilson —comencé—. En realidad no…

—Este es una mariquita. Es muy antiguo, el más antiguo que tengo. Mira. —Abrió un tampón, mojó el sello en la tinta y lo estampó en una hoja de papel que yo tenía en mi mesa.

—¿De cuándo es? —le pregunté.

—No lo sé. —Cogió otro sello—. Es una vaca —me dijo, como si no pudiera verlo yo mismo. Lo estampó en el papel—. Tengo varias vacas, pero sólo he traído una.

Yo miré la vaca fingiendo estar interesado.

—Este también es muy antiguo —declaró Wilson con orgullo.

—¿Cómo de antiguo?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. —Fue a coger otro sello.

—Oye… Wilson… Me acaba de pasar una cosa muy rara —le dije—, y necesito pensar. A solas.

Me miró con los ojos entornados y expresión confusa.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una historia muy larga —contesté—. Me metí en un edificio de la parte norte del pueblo. Creo que es donde se imprimen los Cómics Coleccionables.

—¿Sí? ¿Aquí, en Riverview Falls? —preguntó Wilson con cafa de sorpresa—. ¿Y te dejaron entrar?

—No había nadie. —Era un alivio poder contárselo a alguien—. Así que entré con Libby, una niña que he conocido en el autobús. Quisimos subir en el ascensor, pero en vez de subir bajamos. Luego Libby se perdió y encontré un montón de dibujos donde aparecía yo.

—¡Espera! —exclamó Wilson, alzando una mano para hacerme callar—. Creo que me he perdido.

Entonces me di cuenta de que mi historia no tenía mucho sentido. ¿Cómo podía explicarle lo sucedido? Le dije a Wilson que ya se lo contaría todo más tarde, cuando me calmara un poco. Luego le ayudé a recoger sus sellos de goma. Había traído unos veinte.

—Son los veinte mejores —dijo.

Le acompañé al piso de abajo y prometí llamarle después de cenar. Cuando se marchó me llamó la atención un sobre marrón que había en la mesita del correo.

Me dio un brinco el corazón. ¿Sería…? ¡Sí! lira un sobre de la compañía Cómics Coleccionables. El nuevo número especial de *El Mutante Enmascarado.*

Me puse tan nervioso que casi volqué la mesa al ir a coger el sobre. Me lo metí debajo del brazo sin abrirlo y subí los escalones de dos en dos. Necesitaba estar completamente a solas. ¡Tenía que concentrarme bien!

Cerré la puerta de mi cuarto y me senté al borde de la cama. Luego abrí el sobre y saqué el cómic con mano temblorosa. En la portada aparecía un primer plano del Mutante Enmascarado. Sus ojos me miraban furiosos. «¡UN NUEVO ENEMIGO DEL MUTANTE!», proclamaba el título.

¿Cómo? ¿Un nuevo enemigo?

Respiré hondo y contuve el aliento. «Calma, Skipper —me dije —. Es sólo un cómic.» ¿Me ayudaría aquel episodio a resolver el misterio? ¿Me diría algo del extraño edificio verde y rosa? ¿Me ofrecería una explicación de los enigmas de aquella tarde?

Abrí el cómic por la primera página, donde aparecía el edificio del cuartel general visto desde arriba. La siguiente viñeta mostraba el edificio al nivel de la calle. Entre las sombras se veía alguien que se acercaba a las puertas de cristal.

Alguien entraba furtivamente en el cuartel.

Volví la página.

—¡No puede ser! —grité como un loco.

17

Sí, lo habéis adivinado. ¡Era yo el que estaba entrando furtivamente en los cuarteles del Mutante Enmascarado!

Me quedé mirando la página tan fijamente que creí que se me iban a salir los ojos de las órbitas. Estaba tan nervioso y tan conmocionado que no podía ni leer los bocadillos.

Fui volviendo las páginas con manos temblorosas. Me quedaba mirando cada viñeta con el cómic pegado a la nariz, casi sin respirar.

Gamo Veloz estaba sentado en una habitación diminuta que se iba calentando cada vez más. ¡En pocos minutos Gamo Veloz se iba a convertir en Gamo Asado! El Mutante Enmascarado lo había atrapado en su cuartel general y ahora pensaba dejarlo allí para que se cociera. Me temblaba tanto la mano que al pasar la página estuve a punto de arrancarla.

Allí aparecía yo, recorriendo el oscuro pasillo. En el cómic llevaba la misma camiseta y los mismos tejanos amplios que tenía puestos en ese momento.

En la siguiente viñeta se veía un primer plano de mi cara. Grandes gotas de sudor surcaban mi rostro sonrosado. Supongo que eso quería decir que tenía miedo. «En este dibujo estoy un poco rechoncho», pensé. Pero era yo. No había duda. ¡Era YO!

Cerré el cómic de golpe y me levanté de un brinco.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Tenéis que ver una cosa!

Salí disparado de mi cuarto y bajé las escaleras al galope. ¡Creo que ni siquiera tocaba el suelo con los pies!

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Dónde estáis?

Los encontré en la cocina, preparando la cena. Papá estaba picando cebolla en el fregadero, con los ojos llenos de lágrimas. Mamá estaba agachada delante del horno. Tenía problemas para encenderlo, como siempre.

—¡En este cómic aparezco yo! —grité, irrumpiendo en la cocina.

—¡Ahora no! —replicaron los dos a la vez.

—De verdad, tenéis que verlo —insistí, blandiendo el cómic delante de mi padre.

El continuó cortando cebolla.

—¿Te han publicado alguna carta? —preguntó entre lágrimas.

—¡No! ¡Es que salgo yo! —dije sin aliento, acercándole más el cómic.

—¡No veo nada! —exclamó—. Quítame eso de delante. ¿No ves que me escuecen los ojos con la cebolla?

—Hay un truco para cortar cebolla sin llorar —dijo mi madre, todavía agachada delante del horno—, pero no sé cuál es.

Me acerqué a ella.

—Tienes que ver esto, mamá. Salgo yo. Mira. ¡Soy yo, de verdad!

Mamá movió la cabeza y frunció el ceño.

—No hay quien encienda este horno —dijo con un suspiro—. Creo que el piloto se ha vuelto a estropear.

—Voy a echarle un vistazo, a ver si así dejo de llorar —dijo mi padre.

—¿Queréis mirar esto? —chillé, totalmente fuera de mí.

Mamá echó un rápido vistazo a la página que yo sostenía delante de ella.

—Sí, sí. Se parece un poco a ti, Skipper —dijo, apartándome con un gesto. Se volvió hacia el horno otra vez—. Necesitamos un horno nuevo, cariño.

—Papá —supliqué—, mira esto.

Fui corriendo hacia él, pero mi padre había enterrado la cara en una toalla.

—Ya veo que ahora no puedes mirar —dije en voz baja.

No me respondió. Seguía llorando en la toalla. Yo solté un gemido de exasperación. ¿Cómo podían ser así? Aquello era lo más

emocionante que me había pasado en mi vida y ni siquiera se dignaban echar un vistazo.

Cerré el cómic, enfadado, y salí de la cocina.

—¡Skipper, pon la mesa! —me gritó mi madre.

¿Que pusiera la mesa? ¡Era el protagonista de un famoso cómic y mi madre me hacía poner la mesa!

—¿Por qué no la pone Mitzi? —pregunté.

—Pon la mesa, Skipper —me repitió mi madre muy seria.

—Vale, vale, ahora la pongo.

Me dejé caer en el sofá del salón y miré la contraportada del cómic. Me había puesto tan nervioso que no había podido leerlo hasta el final. Ahora quería ver la página donde se anunciaba lo que pasaría en el siguiente episodio.

Recorrí las viñetas con la vista. Ahí estaba Gamo Veloz, todavía atrapado en aquella habitación ardiente. Y allí estaba el Mutante Enmascarado, al otro lado de la puerta, a punto de celebrar su victoria.

Miré el bocadillo en el que aparecía el pensamiento de Gamo Veloz.

«Sólo el chico puede salvarme —pensaba Gamo Veloz—. Sólo el chico puede salvar al mundo de la maldad del Mutante Enmascarado. ¿Pero dónde está?»

Lo leí otra vez, y otra.

¿Sería cierto? ¿Era yo el único que podía salvar a Gamo Veloz? ¿De verdad tenía que volver allí?

18

Al día siguiente, después del colegio, fui corriendo a la parada del autobús. Era un día claro y frío. El suelo estaba congelado y el cielo parecía una lámina de hielo azul.

Mientras caminaba, inclinado contra el viento, me preguntaba si estaría Libby en el autobús. Me moría de ganas de contarle lo del cómic.

Quería decirle que pensaba volver al extraño edificio. ¿Vendría ella conmigo?

«Seguro que no», pensé. Libby se había asustado tanto la primera vez que no habría forma de convencerla para que volviera.

Atravesé corriendo el patio de recreo sin apartar los ojos de la calle por si venía el autobús.

—¡Eh, Skipper! —me llamó una voz. Me di la vuelta y vi a Wilson que venía detrás de mí; su abrigo desabrochado revoloteaba a su espalda como un par de alas—. Skipper, ¿qué pasa? ¿Te vas a casa?

El autobús apareció a dos manzanas de distancia.

—No. Voy a otro sitio —dije—. Oye, ahora no puedo entretenerme con tu colección de sellos.

Wilson se puso serio.

—Ya no colecciono sellos. Lo he dejado.

No pude disimular mi sorpresa.

—¿Que lo has dejado? ¿Y por qué?

—Me llevaba demasiado tiempo.

El autobús se detuvo y se abrió la puerta.

—Hasta luego —me despedí de Wilson.

Al subir al autobús recordé adonde iba, y de pronto me pregunté si volvería a ver a Wilson.

Libby no estaba en el autobús. En cierto modo me alegré, porque así no tendría que explicarle lo que pensaba hacer. Seguro que se habría reído de mí si le hubiera dicho que aparecía en un cómic.

Sin embargo en el cómic había aparecido la Cortina Invisible, que luego resultó ser real, y ahora decía que yo era el único que podía salvar a Gamo Veloz y detener al Mutante Enmascarado.

«Pero, ¡si no es más que un cómic! —me habría dicho Libby—. ¿Cómo puedes ser tan tonto para creer que es realidad?»

La verdad es que yo no habría sabido qué contestar. Por eso me alegré de que no estuviera en el autobús.

Me bajé justo delante del solar y le eché un vistazo desde el otro lado de la calle, sabiendo que en realidad no era un solar vacío. El edificio rosa y verde estaba allí, oculto tras la Cortina Invisible.

Al cruzar la calle me invadió una oleada de miedo. De pronto se me secó la boca. Intenté tragar saliva y casi me ahogo. Tenía un nudo gordísimo en la garganta y las rodillas sudorosas y rígidas. Me detuve en la acera e intenté calmarme un poco. «Es sólo un cómic. Es sólo un cómic», me dije una y otra vez.

Por fin, con la vista fija en el solar, hice acopio de valor y conseguí ponerme en marcha. Eché a andar muy despacio, hasta que de pronto el edificio apareció ante mis ojos.

Tragué saliva, abrí las puertas de cristal y entré en el relumbrante vestíbulo amarillo y rosa. Miré a un lado y a otro. Estaba desierto. No se veía ni un alma. Solté una tos que sonó diminuta en la enorme sala. Mis zapatillas de deporte rechinaban en el suelo de mármol.

«Pero ¿dónde están todos? —me pregunté—. ¿Cómo puede ser que a esta hora de la tarde no haya nadie en este gigantesco vestíbulo?»

Me detuve delante de los ascensores. Alcé la mano hacia los botones… pero no pulsé ninguno.

«Ojalá estuviera aquí Libby», me dije. Así por lo menos habría tenido a alguien con quien compartir el miedo.

Por fin llamé al ascensor.

—Bueno, allá vamos —murmuré, esperando que se abrieran las puertas.

En ese momento oí una risa justo a mis espaldas. Una risa fría y malvada.

19

Solté un gritó y me giré bruscamente. No había nadie.

Volví a oír la risa. Era suave pero cruel. Re corrí el vestíbulo con los ojos y no vi a nadie.

—¿Qui… quién está ahí? —balbucí.

Se hizo el silencio. Miré la pared amarilla por encima del ascensor y vi un altavoz negro. Pensé que de ahí venía la risa y fijé la vista en él como si esperara ver salir a alguien.

«Vete de aquí —me decía una vocecilla en mi interior—. Date media vuelta, Skipper, y sal de aquí lo más deprisa que te permitan tus temblorosas piernas.»

Sin hacer caso, pulsé el botón del ascensor. La puerta se abrió en silencio y luego se cerró a mis espaldas. Me quedé mirando el panel de control. ¿Dónde iría, arriba o abajo? La última vez había querido ir al último piso y el ascensor nos había llevado a Libby y a mí al sótano.

Estaba indeciso. ¿Qué pasaría si esta vez pulsaba el botón del sótano? Pero no tuve tiempo de averiguarlo porque el ascensor se puso en marcha con una sacudida antes de que yo hiciera nada. Me agarré al pasamanos. Tenía las manos frías y húmedas. El ascensor subía con un zumbido. «Voy hacia arriba —pensé—. ¿Pero adonde?»

El trayecto duró una eternidad. Yo iba mirando los números de los pisos que pasaban a toda velocidad en el panel de control. Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos… El ascensor lanzaba un pitido cada vez que subía una planta.

Por fin se detuvo en la cuarenta y seis. ¿Sería la última? Cuando se abrió la puerta solté el pasamanos y salí. Estaba en un largo pasillo gris. Tuve que pestañear un par de veces, porque era como si me hubiera metido en una película en blanco y negro. Las paredes eran grises, el techo era gris, el suelo era gris, las puertas que había a ambos lados del pasillo eran grises. Tuve la sensación de estar rodeado de una niebla muy densa, o dentro de un nubarrón.

No se veía a nadie. Nada se movía. Me puse a escuchar con atención por si oía voces, risas, ruidos propios de las máquinas de oficina. Pero nada, todo estaba en silencio, salvo, por los latidos de mi corazón desbocado.

Tenía las manos heladas. Me las metí en los bolsillos y eché a andar por el corredor. Doblé una esquina y me quedé mirando otro interminable pasillo gris que parecía desvanecerse a lo lejos.

De pronto me acordé del último episodio de *El Mutante Enmascarado*. En una página doble aparecían los largos corredores del cuartel secreto del Mutante, y aquel pasillo era exactamente igual… Sólo que en el cómic las paredes eran verdes y el techo amarillo, y las habitaciones estaban llenas de supervillanos que trabajaban para el Mutante Enmascarado.

Mientras caminaba por el pasillo desierto se me ocurrió una idea muy curiosa. Todo estaba tan gris y desvaído que me dio la impresión de que me encontraba dentro de un dibujo a lápiz en blanco y negro al que todavía no habían dado color. Pero, claro, eso era una tontería. «Se te ocurren esas cosas porque estás muerto de miedo», me dije.

Justo en ese mismo momento oí un ruido, como un golpe seco.

—¡Ah! —susurré. Tenía el corazón en un puño. Me detuve en seco y me quedé escuchando.

Bum, bum.

El ruido tal vez venía de la esquina siguiente. Tuve que hacer un esfuerzo para echar a andar. Doblé la esquina y me quedé con la boca abierta. Las paredes del nuevo pasillo eran de un verde brillante, el techo era amarillo y la gruesa alfombra que había bajo mis pies tenía un tono rojo oscuro.

Bum, bum, pum.

Los colores eran tan brillantes que tuve que protegerme los ojos

con una mano. El pasillo desembocaba al fondo en una puerta amarilla que estaba cerrada y en la que se veía un cerrojo de metal.

Pum, pum.

El ruido venía de allí. Me acerqué muy despacio.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté con un hilillo de voz.

Carraspeé y volví a intentarlo.

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Entonces oí otro golpetazo, como de madera contra madera.

—¿Hay alguien ahí? —repetí, alzando la voz.

Cesaron los golpes.

—¿Puedes ayudarme? —dijo una voz de hombre dentro de la habitación.

Me quedé helado.

—¿Puedes ayudarme? —suplicó el hombre.

Vacilé un instante. ¿Debía ayudarle? Sí. Cogí el cerrojo con las dos manos, respiré hondo y tiré de él con todas mis fuerzas. Me sorprendió que cediera tan fácilmente. La puerta no estaba cerrada con llave, así que la abrí girando la manija.

Entré en la sala a trompicones y me quedé mirando alucinado al hombre que tenía delante.

—¡Eres… eres real! —exclamé.

20

Tenía la capa arrugada y la máscara caída sobre un ojo, pero era evidente que se trataba de Gamo Veloz.

—¿Estás vivo de verdad?

—Pues claro —me contestó con impaciencia—. Desátame, chico. —Miró hacia la puerta abierta—. Será mejor que te des prisa.

Me di cuenta de que tenía los brazos y las piernas atadas a la silla. Los ruidos que se oían eran los golpes que daba con la silla en el suelo para intentar escapar.

—¡Es… es increíble que estés aquí! —grité. Estaba tan sorprendido y tan asustado que no sabía ni lo que decía.

—Ya te daré mi autógrafo más tarde —replicó él sin apartar la vista de la puerta—. Pero ahora hay que darse prisa. Tenemos que salir de aquí, y no creo que nos quede mucho tiempo.

—¿Ti… tiempo?

—No tardará en volver —murmuró Gamo Veloz—. Tenemos que atraparlo antes de que nos atrape él a nosotros.

—¿Nosotros? —exclamé.

—Tú desátame. Yo me encargaré de él. —Movió la cabeza—. Ojalá pudiera ponerme en contacto con mis compañeros de la Liga. Seguro queme están buscando por todo el universo.

Yo seguía atontado. Me acerqué a la silla dando tumbos y me puse a desatarlo. Los nudos estaban muy apretados y eran difíciles de soltar. La áspera cuerda me arañaba las manos.

—Date prisa —me apremió Gamo Veloz—. Oye, ¿cómo has encontrado estos cuarteles secretos?

—Pues… por casualidad —contesté, sin dejar de forcejear con los nudos.

—No seas modesto, chico —me dijo el superhéroe con voz grave—. Has utilizado tus poderes secretos de ciberrádar, ¿verdad? ¿O has empleado tu control mental para leer mis pensamientos y venir a rescatarme?

—No, sólo cogí el autobús.

La verdad es que no sabía qué contestar. ¿No me habría confundido con otro? ¿Por qué estaba yo allí? ¿Qué nos iba a pasar? ¿Qué me iba a pasar a mí? Preguntas y más preguntas. No tenía otra cosa en la cabeza.

Seguí tironeando de los nudos, sin hacer caso de los cortes y los arañazos que tenía en las manos, aunque me dolían mucho. Por fin cedió uno de los nudos. Gamo Veloz flexionó los músculos, tensó su fuerte pecho, y las cuerdas cayeron con facilidad.

—Gracias, chico. —Se levantó de un brinco y se ajustó la máscara para poder ver con los dos ojos. Luego se echó atrás su larga capa—. Muy bien, y ahora vamos a hacerle una visita sorpresa —dijo, ajustándose los guantes. Echó a andar hacia la puerta a grandes zancadas. Sus botas resonaban en el suelo.

—Esto… ¿De verdad quieres que vaya yo? —le pregunté, todavía detrás de la silla.

Él asintió con la cabeza.

—Ya sé lo que te preocupa, chico. Te preocupa no poder alcanzarme porque soy el mutante más veloz de todo el universo conocido.

—Bueno…

—Pues no te preocupes —prosiguió—. Iré despacio. —Me hizo un gesto de impaciencia—. Venga, vamos.

Me enredé en la maraña de cuerdas que había en el suelo y tuve que agarrarme a la silla para no caerme. Luego salí al pasillo amarillo y verde. Gamo Veloz echó a correr y se desvaneció, convertido en un borrón de luz azul y roja.

Unos segundos después volvió a paso ligero.

—Lo siento. ¿Demasiado rápido para ti?

Yo asentí con la cabeza.

—Un poco.

Me puso una mano en el hombro y me miró solemnemente con sus ojos grises a través de la máscara.

—¿Puedes trepar por las paredes? —me preguntó.

—No, lo siento.

—Bueno, pues iremos por la escalera.

Me cogió de la mano y echó a andar. Iba tan deprisa que los pies no me tocaban al suelo. Supongo que le resultaba imposible caminar despacio. Las paredes desfilaban a ambos lados, convertidas en un borrón verde. Doblamos una esquina, luego otra. ¡Me parecía estar volando! Ibamos a tal velocidad que no me daba tiempo ni a respirar.

Doblamos otra esquina y dimos con una puerta abierta que conducía a unas escaleras oscuras. Arriba sólo se veía negrura. Esperaba que Gamo Veloz empezara a subir, pero para mi sorpresa se detuvo justo al traspasar el umbral y se quedó mirando con los ojos entornados.

—Hay un rayo desintegrador —anunció, frotándose la mandíbula con aire pensativo.

—¿Un qué? —pregunté.

—Un rayo desintegrador —repitió, con la vista fija en las escaleras—. Si pasas por delante te desintegra en una fracción de segundo.

Tragué saliva y me eché a temblar de la cabeza a los pies.

—¿Crees que podrás subir de un salto los dos primeros escalones? —me preguntó.

—¿Quieres decir que…?

—Aterriza en el tercer escalón. Coge bastante carrerilla.

«Me va a hacer falta», pensé, mirando los altos escalones. De pronto deseé no haber comido tantas galletas y tantos cereales para desayunar por las mañanas. Si estuviera un poco más delgado, si fuese un poco más ligero…

—Coge bastante carrerilla y salta los dos primeros escalones —me advirtió Gamo Veloz—. Aterriza en el tercero y sigue subiendo. Si caes en el primero o en el segundo, te desintegrarás. —Chasqueó los dedos—. Puf.

No pude evitar un gemido de miedo. Quería ser valiente, pero lo cierto es que mi cuerpo no colaboraba demasiado. No hacía más

que temblar y agitarme como si estuviera hecho de gelatina.

—Iré yo primero —me dijo el superhéroe. Se volvió hacia las escaleras, dobló las rodillas, estiró los brazos y saltó por encima del rayo desintegrador. Aterrizó en el quinto escalón. Entonces se volvió y me hizo una seña para que le siguiera.

—¿Lo ves? Es muy fácil —dijo alegremente.

«¡Será fácil para ti! —pensé sombrío—. ¡Algunos no tenemos tus piernas!»

—Deprisa —me apremió—. Si te paras a pensarlo no lo conseguirás.

«¡Ya me he parado a pensarlo! ¿Cómo no me lo iba a pensar?»

—No… no estoy muy en forma —murmuré con un hilillo de voz. ¡Menudo eufemismo! En todos los deportes del colegio siempre me eligen el último para formar parte del equipo.

—Deprisa —repitió Gamo Veloz, tendiéndome las manos—. Coge carrerilla y aterriza en el tercer escalón. No está tan alto, chico. Yo te cogeré.

A mí el tercer escalón me parecía estar a kilómetros de distancia, pero contuve el aliento, cogí carrerilla, salté con todas mis fuerzas…

… Y aterricé con un golpe seco en el primer escalón.

21

Solté un chillido y cerré los ojos mientras me atravesaba el rayo desintegrador y mi cuerpo se disolvía en el aire.

Aunque la verdad es que no noté nada.

Abrí los ojos y vi que estaba en el primer escalón, todavía de una pieza.

—Eh… eh… eh —tartamudeé.

—Parece que no lo tenían conectado —dijo con toda tranquilidad Gamo Veloz, sonriéndome—. Has tenido suerte, chico.

Yo temblaba como un flan y tenía la frente cubierta de frías gotas de sudor. No podía ni hablar.

—Espero que no te abandone la suerte —murmuró el superhéroe. Se dio la vuelta y empezó a subir, con la capa flotando a sus espaldas—. Vamos, vamos en busca de nuestro destino.

A mí aquello no me gustó ni un pelo, aunque lo cierto es que no me gustaba nada de lo que estaba pasando. Según Gamo Veloz había tenido suerte, pero yo no me sentía muy afortunado que digamos.

Al llegar al último rellano, Gamo Veloz abrió una amplia puerta metálica y entramos en una habitación alucinante, llena de brillo y de color. Estaba decorada como una oficina, la oficina más lujosa que yo había visto en mi vida.

La alfombra blanca era tan suave y tan gruesa que me hundí en ella casi hasta los tobillos. Unas cortinas de seda azul cubrían unos ventanales enormes desde los que se veía toda la ciudad. Del alto techo colgaban grandes y resplandecientes lámparas de araña.

Había oscuras mesas de madera y, en torno a ellas, sillones y sillas de aspecto aterciopelado. Una pared estaba cubierta con estanterías que llegaban hasta el techo, llenas a rebosar de libros encuadernados en piel.

En una esquina había una pantalla gigante de televisión, y a su lado todo un panel de equipo electrónico. Otra pared estaba cubierta de cuadros al óleo en los que se veían verdes paisajes.

En medio de la habitación había una brillante mesa dorada, con una silla muy alta detrás que parecía más un trono que un asiento corriente.

—¡Guau! —exclamé desde la puerta, mirando el esplendor de aquella sala.

—Le gusta el lujo —comentó Gamo Veloz—. Pero se le ha acabado el cuento.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que soy demasiado rápido para él —se jactó el superhéroe—. Correré en círculos a su alrededor, cada vez más deprisa, hasta convertirme en un tornado y barrerlo para siempre de la faz de la Tierra.

—¡Guau! —repetí. No sabía qué otra cosa decir.

—Antes me sorprendió durmiendo —prosiguió Gamo Veloz—. Es el único momento en que puede atraparme, cuando estoy dormido, porque si no, soy demasiado rápido para él. Soy demasiado rápido para cualquiera. ¿Sabes en cuánto tiempo corro los cien metros?

—¿En cuánto?

—En una décima de segundo. Sería un récord olímpico, pero no me dejan participar en las Olimpiadas porque soy un mutante.

Seguí a Gamo Veloz hasta el centro de la habitación pero me detuve al oír la risa. Era la misma risa siniestra que había oído en el vestíbulo. Me quedé paralizado de miedo. La mesa dorada empezó a moverse y a cambiar ante mis ojos. El oro se estremeció y se dobló hasta formar una figura humana.

Retrocedí un paso, intentando esconderme detrás de Gamo Veloz. La mesa se fundió… y en su lugar apareció el Mutante Enmascarado.

Sus ojos oscuros llameaban amenazadores a través de su

máscara. Era mucho más alto y tenía un aspecto mucho más poderoso y escalofriante que en el cómic.

El Mutante blandió el puño ante Gamo Veloz.

—¿Cómo te atreves a invadir mi despacho privado?

—Ya te puedes despedir de todo este lujo —replicó el superhéroe.

—¡Más bien me voy a despedir de ti! —le espetó furioso el Mutante Enmascarado. Entonces clavó en mí sus ojos fríos y terribles—. Ya acabaré luego contigo, Gamo Veloz —dijo el supervillano más malvado del mundo—. ¡Primero voy a cargarme al chico!

22

El Mutante Enmascarado dio un paso hacia mí con el puño alzado y los ojos negros llameando furiosos. Yo retrocedí un paso, con el corazón desbocado, di media vuelta y busqué frenéticamente algún escondrijo. Pero allí no había dónde esconderse. Tampoco podía salir corriendo porque la puerta se cerró de golpe. El Mutante Enmascarado seguía acercándose.

—¡Aah! —grité. Levanté las dos manos a la altura de la cara como para protegerme. No podía soportar sus ojos fríos y crueles clavados en mí.

«Me va a destrozar —pensé—. ¡Pero no quiero verlo!»

Cuando el Mutante Enmascarado dio otro paso, Gamo Veloz se interpuso en su camino.

—¡Pelea conmigo, Mutante! —le dijo con su voz atronadora—. Si quieres al chico, primero tendrás que librarte de mí.

—Como gustes —replicó tranquilamente el supervillano.

Sin embargo su expresión cambió cuando Gamo Veloz se puso a dar vueltas a su alrededor, cada vez más deprisa. Al final Gamo Veloz desapareció convertido en un vertiginoso tornado azul y rojo.

Yo retrocedí hasta la pared. «Gamo Veloz está llevando a cabo su plan —pensé—. Va a correr cada vez más deprisa en torno al Mutante Enmascarado hasta crear un remolino que acabe con él.»

Me aplasté contra la pared y observé ansiosamente la pelea. Gamo Veloz giraba cada vez más y más deprisa. Al final alcanzó tal velocidad que un fuerte viento barrió la habitación, agitó las cortinas, volcó un florero y tiró varios libros de la estantería.

«¡Sí! —pensé contentísimo, blandiendo los puños en el aire—. ¡Sí! ¡Vamos a ganar! ¡Vamos a ganar!»

Pero de pronto bajé las manos horrorizado y solté un gemido al ver que el Mutante Enmascarado tendía una pierna. Gamo Veloz tropezó y se cayó de narices al suelo. Rebotó un par de veces y luego se quedó inmóvil. Cesó el viento, y las cortinas volvieron a su sitio.

El Mutante Enmascarado se acercó al superhéroe caído, con las manos en la cintura y gesto triunfal.

—¡Levántate! —grité, sin darme cuenta de lo que hacía—. ¡Por favor, Gamo, levántate!

Este gimió, pero sin moverse.

—Es la hora de comer —rió el Mutante Enmascarado.

Me apreté todo lo que pude contra la pared mientras veía horrorizado cómo el Mutante cambiaba de forma otra vez. Su cara se retorció y se volvió plana. Su cuerpo se hizo más bajo y se inclinó hacia delante hasta poner las manos en el suelo.

Se había convertido en un feroz leopardo. La fiera ladeó la cabeza y soltó un rugido feroz. Luego arqueó el lomo, tensó las patas traseras y se lanzó sobre el cuerpo caído de Gamo Veloz.

—¡Levántate! ¡Arriba, Gamo! —chillé.

El Mutante Enmascarado clavó las garras en el cuerpo indefenso y le dio un mordisco.

—¡Despierta! ¡Despierta! —seguía gritando yo.

De pronto Gamo Veloz abrió los ojos. El feroz leopardo le arrancó la máscara con los dientes. Gamo Veloz salió rodando de debajo de la enorme fiera y se puso en pie.

El leopardo rugió y lanzó un zarpazo que desgarró de arriba abajo la capa de Gamo Veloz.

—¡Yo me largo de aquí! —gritó el superhéroe, dirigiéndose a la puerta. De pronto se volvió a mirarme—. ¡Ahí te quedas, chico!

—¡No! ¡Espera! —exclamé.

Creo que ni me oyó. Abrió la puerta con un golpe del hombro y desapareció. La puerta se cerró a sus espaldas.

El leopardo cambió de forma rápidamente. Se levantó sobre sus patas traseras, con todo el cuerpo agitándose… hasta quedar convertido otra vez en el Mutante Enmascarado.

Se me acercó sonriendo con gesto frío y amenazador.
—Ahora estás solo, chico.

23

El Mutante Enmascarado se aproximó lentamente mientras yo intentaba alejarme, pegado a la pared. Sabía que no podía llegar a la puerta como Gamo Veloz, porque no era tan rápido.

«¡Debería llamarse Gallina Veloz!», pensé yo amargamente. ¿Cómo había sido capaz de abandonarme así para salvar el pellejo? Yo no podía correr, no podía luchar, ¿qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer contra un enemigo mortal capaz de convertirse en cualquier cosa sólida?

El Mutante Enmascarado estaba en el centro de la habitación, con las manos en las caderas. Le llameaban los ojos. Estaba disfrutando de mi miedo y saboreando ya su victoria.

—¿Cuáles son tus poderes? —me preguntó con tono despectivo.

—¿Qué? —Me había cogido totalmente por sorpresa.

—Que cuáles son tus poderes —repitió impaciente, echándose la capa atrás—. ¿Te encoges hasta alcanzar el tamaño de un insecto? ¿Es ése tu secreto?

—¿Eh? ¿Encogerme, yo? —Temblaba tanto que no podía ni pensar.

—¿Estallas en llamas? —prosiguió él, sin dejar de acercarse—. ¿Es ése tu poder? ¿Eres magnético? ¿Puedes nublar las mentes? —Hablaba con un tono de voz cada vez más irritado—. ¡Contesta! ¿Cuál es tu poder?

—No… no tengo poderes —dije, todavía temblando. ¡Si me seguía apretando contra la pared acabaría incrustado en ella!

El Mutante Enmascarado se echó a reír.

—Así que no me lo quieres decir, ¿eh? Muy bien, como quieras.

Su sonrisa se desvaneció. Sus ojos oscuros se hicieron más fríos.

—Sólo quería ponerte las cosas fáciles —afirmó, sin dejar de acercarse—. Quiero matarte de la forma más sencilla posible.

—Ah, ya —murmuré.

Entonces vi de reojo que había algo en la estantería. Era una piedra muy grande y lisa, del tamaño de un coco. Seguramente era un objeto decorativo. Me pregunté si podría utilizarla como arma.

—Despídete, chico —me dijo el Mutante con los dientes apretados.

En el momento en que se lanzó contra mí, cogí la piedra de la estantería. Al notar que pesaba mucho más de lo que parecía, me di cuenta de que no era una piedra, sino un objeto de acero macizo. Apunté con cuidado y lo lancé a la cabeza de mi enemigo. Pero fallé. La piedra aterrizó en la alfombra.

—Buen intento —murmuró él…

Y vino rápidamente a matarme.

24

Intenté esquivarlo, pero era demasiado rápido. Me cogió por la cintura con sus fuertes manos y me levantó en el aire. Cada vez más arriba. Me di cuenta de que estaba moviendo sus moléculas para estirar los brazos. Llegó a subirme por encima de la lámpara. Yo me agitaba y pataleaba, intentando escapar, pero el Mutante era demasiado fuerte. Me subía cada vez más alto hasta que me di un porrazo contra el techo, por lo menos a siete metros del suelo.

—¡Feliz aterrizaje! —exclamó alegremente el Mutante Enmascarado, dispuesto a soltarme para que me estrellara.

En ese preciso momento oí que se abría la puerta de golpe. El Mutante lo oyó también y se volvió para ver quién había entrado, sin soltarme.

—¡Tú! —gritó sorprendido.

Yo me retorcí en el aire y ladeé la cabeza para ver a través de la araña de luces. La luz centelleaba en los cristales. Era imposible ver nada.

—¡Cómo te atreves a irrumpir aquí! —le gritó el Mutante Enmascarado al intruso.

Entonces me bajó un poco, lo suficiente para que pudiera ver la puerta.

—¡Libby! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

25

El Mutante Enmascarado me dejó en el suelo y se volvió hacia Libby. Me temblaban las piernas de tal forma que tuve que agarrarme a una estantería para no caerme.

—Libby… ¡Vete de aquí! ¡Vete! —le advertí.

Pero ella entró en la habitación hecha una furia, con su pelo rojo ondeando tras ella. Me miraba fijamente, sin hacer ni caso del Mutante Enmascarado. ¿Es que no sabía que era el supervillano más malvado de todo el universo?

—Skipper, ¿no oías que te llamaba? —me preguntó cortante.

—¿Eh? Libby…

—Estaba al otro lado de la calle. Te vi entrar en el edificio y te llamé.

—No… no te oí. Oye, es mejor que te vayas, Libby.

—Te he estado buscando por todas partes —prosiguió ella, sin hacer ningún caso de mi advertencia ni de mis gestos frenéticos—. ¿Qué haces aquí, Skipper?

—Pues… oye, ahora no puedo hablar —contesté señalando al Mutante Enmascarado, que esperaba impaciente, con las manos en las caderas y dando golpecitos con el pie en la alfombra.

—Ya veo que tendré que mataros a los dos —dijo el supervillano.

Libby se dio media vuelta y pareció ver al Mutante por primera vez.

—Skipper y yo nos vamos —dijo con una mueca de desdén.

Yo me quedé de piedra. ¿Es que no sabía con quién estaba

hablando? No, claro que no lo sabía. Ella sólo leía los cómics de *Harry y Beanhead en el instituto*. ¡Libby no tenía ni idea del peligro que corríamos!

—Lo siento —replicó el Mutante Enmascarado, riendo bajo la máscara—. De aquí no se va nadie. En realidad no vais a salir nunca de este edificio.

Libby lo miró furiosa y se le cambió la expresión. Abrió la boca y se le dilataron los ojos. Retrocedió hasta ponerse a mi lado.

—Tenemos que hacer algo —susurró.

¿Hacer algo? ¿Qué podíamos hacer contra el monstruoso supermutante? Tragué saliva. No sabía qué contestar.

El Mutante se echó atrás la capa y dio un paso hacia nosotros.

—¿Quién quiere ser el primero? —preguntó con suavidad.

Libby, que había retrocedido hasta la estantería, se sacó de la mochila una pistola de plástico amarillo.

—Libby, ¿qué haces? —susurré—. ¡Eso es un juguete!

—Ya lo sé —replicó ella—. Pero estamos en un cómic, ¿no? ¡Pues si estamos en un cómic podemos hacer cualquier cosa! —Y diciendo esto apuntó con la pistola al Mutante Enmascarado.

El supervillano lanzó una fría carcajada.

—¿Qué piensas hacer con ese juguete? —preguntó con desdén.

—Pa… parece un juguete —balbució Libby—, pero es un Fundidor de Moléculas. ¡Sal de esta habitación o te fundiré todas las moléculas!

El Mutante esbozó una amplia sonrisa.

—Buen intento —dijo, mostrando dos hileras de dientes blancos y perfectos. Luego miró a Libby con los ojos entornados y dio un paso hacia ella—. Supongo que quieres ser la primera. Procuraré no hacerte mucho daño.

Libby sostenía la pistola con las dos manos. Apretó los dientes y se dispuso a apretar el gatillo.

—Suelta ese juguete. No te servirá de nada —afirmó el Mutante Enmascarado, sin dejar de acercarse.

—Hablo en serio —insistió Libby con voz chillona—. Esto no es un juguete, es un Fundidor de Moléculas.

El Mutante se echó a reír de nuevo y avanzó. Libby le apuntó al pecho con la pistola y apretó el gatillo. El arma emitió un agudo

pitido.

El Mutante Enmascarado dio un paso más hacia nosotros.

26

Libby bajó la pistola de plástico. Los dos nos quedamos mirando horrorizados al Mutante Enmascarado, que seguía acercándose.

El supervillano avanzó un paso más y se detuvo. Una brillante luz blanca envolvió su cuerpo. La luz se convirtió en una corriente eléctrica que crepitaba. El Mutante lanzó un gemido y empezó a fundirse.

Primero se le derritió la cabeza hasta desaparecer completamente. La máscara vacía cayó sobre los hombros de su disfraz. Luego se le disolvió el resto del cuerpo, que fue encogiéndose hasta que sólo quedó un traje arrugado y una capa en la alfombra.

Libby y yo nos lo quedamos mirando en silencio.

—¡Ha… ha funcionado! —conseguí decir con voz ahogada—. ¡La pistola de juguete ha funcionado, Libby!

—Pues claro —replicó ella con sorprendente tranquilidad. Se acercó al traje y le dio una patada—. Pues claro que ha funcionado. Ya le advertí que era un Fundidor de Moléculas, pero no me hizo caso.

Me daba vueltas la cabeza. No entendía nada. ¿Cómo una pistola de juguete había podido destruir al mutante más poderoso del mundo?

—Vámonos de aquí —supliqué, encaminándome hacia la puerta.

Libby me bloqueó el paso.

—Lo siento, Skipper —dijo suavemente.

—¿Que lo sientes? ¿Qué es lo que sientes?

Libby me apuntó con la pistola de plástico.
—Lo siento, pero ahora te toca a ti.

27

Al principio pensé que era una broma.

—Libby, suelta esa pistola —le dije—. Esto no tiene ninguna gracia.

Ella seguía apuntándome al pecho. Solté una débil carcajada, pero la corté en seco al ver la dura expresión de su rostro.

—Libby, ¿qué te pasa?

—Yo no soy Libby —me contestó con suavidad—. Siento tener que darte una mala noticia, Skipper, pero Libby no existe.

Dichas estas palabras comenzó a cambiar. El pelo rojo se le metió en la cabeza, las mejillas se agrandaron y la nariz se hizo más larga. Sus ojos cambiaron del verde al negro. Su cuerpo empezó a estirarse cada vez más. En sus brazos huesudos se marcaron fuertes músculos. La ropa también cambió. Los tejanos y la camiseta parecieron fundirse y se transformaron en un disfraz muy conocido.

El disfraz del Mutante Enmascarado.

—Libby, ¿qué está pasando? —exclamé con un hilillo de voz. No entendía nada—. ¿Cómo haces eso?

Ella movió la cabeza.

—No eres muy rápido de entendederas, ¿eh? —dijo, poniendo los ojos en blanco. Su voz era profunda y atronadora. Una voz de hombre.

—Libby, yo…

Ella se echó la capa atrás.

—Yo soy el Mutante Enmascarado, Skipper. Transformé mis moléculas para convertirme en una niña de tu edad y me hice

llamar Libby. Pero soy el Mutante Enmascarado.

—Pero… pero… pero…

Ella apartó la pistola y me sonrió triunfal.

—¡Pero si acabas de matar al Mutante Enmascarado! —exclamé por fin—. ¡Si se fundió delante de nuestras narices!

Ella movió la cabeza.

—No. Te equivocas. Acabo de fundir al Increíble Hombre Molécula.

Yo la miré perplejo.

—¿Eh? ¿El Hombre Molécula?

—Trabajaba para mí —me explicó, echando un vistazo al disfraz que yacía arrugado en el suelo—. A veces le ordenaba que se vistiera como yo, para despistar a los enemigos.

—¿Trabajaba para ti… y lo has fundido?

—Soy un supervillano —replicó el Mutante Enmascarado con una sonrisa—. Hago cosas malvadas, ¿no recuerdas?

Empecé a verlo todo claro. Libby no había existido nunca, siempre había sido el Mutante Enmascarado.

El supervillano pasó por encima del disfraz arrugado y se me acercó.

Yo tuve que volver a aplastarme contra la pared.

—Ahora no tengo más remedio que hacerte algo muy malvado, Skipper —me dijo mirándome intensamente con sus ojos negros.

—Pero, ¿por qué? —grité—. ¿Por qué no me puedo marchar? Me iré directamente a casa y jamás le hablaré a nadie de ti. ¡De verdad! —supliqué.

El movió la cabeza.

—No puedo dejarte marchar. Tu sitio está aquí.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Libby… quiero decir, Mutante?

—Tu sitio está aquí, Skipper —repitió él fríamente—. Lo supe en cuanto te vi la primera vez en el autobús. Supe que eras perfecto cuando me dijiste que lo sabías todo sobre cómics.

—Pero… pero…

—Es muy difícil encontrar buenos personajes para mis historias, Skipper. Es muy difícil encontrar buenos enemigos. Siempre estoy buscando caras nuevas, por eso me alegré mucho cuando te descubrí.

Su malvada sonrisa se hizo más amplia.

—Y cuando reconociste mi cuartel secreto supe que eras la persona indicada. Era evidente que estabas listo para protagonizar un episodio.

La sonrisa se desvaneció rápidamente.

—Lo siento, Skipper, pero el episodio se ha terminado. Tu papel ha llegado a su fin.

—¿Qué… qué vas a hacer?

—¡Matarte, por supuesto! —replicó con frialdad el Mutante.

Yo me apreté aún más contra la pared y le miré fijamente, intentando pensar algo.

—Adiós, Skipper.

—¡No puedes hacer esto! —grité—. ¡No eres más que un personaje de cómic, y yo soy real! ¡Yo soy real, una persona de verdad! ¡Soy un niño de verdad!

Una extraña sonrisa asomó a los labios del Mutante.

—No, Skipper —dijo con una risita—. No eres real. Ahora eres como yo. Ahora también eres un personaje de cómic.

28

Me di un pellizco en el brazo. Me pareció tan real como siempre.

—¡Mentiroso! —chillé.

El Mutante Enmascarado esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Sí, soy un mentiroso. Es una de mis mejores cualidades. —Se puso serio—. Pero esta vez no miento, Skipper. Ya no eres real.

Me negaba a creerlo.

—Pues yo me siento como siempre —dije.

—Pero te he convertido en un personaje de cómic —insistió—. ¿Recuerdas cuando entraste en el edificio por primera vez? ¿Recuerdas que cuando atravesaste la puerta de cristal te alcanzó un rayo de luz?

—Sí, me acuerdo —murmuré.

—Bueno, pues era un escáner —prosiguió el Mutante—. Al atravesarte convirtió tu cuerpo en diminutos puntos de tinta.

—¡No!

Él no hizo caso de mi grito.

—Eso es lo que ahora eres, Skipper. Puntos diminutos de tinta roja, azul y amarilla. Eres un personaje de cómic, como yo.

Se acercó amenazador, con la capa desplegada a sus espaldas.

—Siento decirte que no volverás a aparecer en mi cómic. Ni en ningún otro.

—¡Espera! —exclamé.

—No puedo esperar más —contestó fríamente el Mutante Enmascarado—. Ya he perdido demasiado tiempo contigo, Skipper.

—¡No soy Skipper! —declaré desafiante—. ¡No soy Skipper

Matthews! Skipper Matthews no existe.

—¿Ah, no? —El Mutante puso los ojos en blanco—. Entonces, ¿quién eres?

—¡El Colosal Chico Elástico!

29

El Mutante Enmascarado soltó un audible jadeo.

—¡El Chico Elástico! —exclamó—. ¡Ya decía yo que me sonaba tu cara!

—Adiós, Mutante —le dije con voz grave.

—¿Adonde vas?

—Vuelvo a Xargos, mi planeta natal. —Me dirigí hacia la puerta —. No se me permite protagonizar otros cómics.

El Mutante me bloqueó el paso.

—Buen intento, Chico Elástico, pero has invadido mi cuartel secreto y ahora tengo que acabar contigo.

Me eché a reír.

—¡No puedes acabar con el Chico Elástico! —me jacté—. Alargaré mis brazos elásticos, te envolveré en ellos y te haré fosfatina.

—No creo —replicó el supervillano con voz cortante. Entonces soltó un gruñido furioso—. Ya estoy harto de tanta charla. Te voy a hacer pedazos, y luego haré pedacitos con tus pedazos.

Me volví a reír.

—¡De eso nada! Soy elástico, ¿recuerdas? No me puedes hacer pedazos. Me doblo, pero no me rompo. ¡Sólo hay una forma de acabar con el Chico Elástico!

—¿Cómo?

—Con ácido sulfúrico. ¡Es lo único que puede destruir mi cuerpo elástico!

El Mutante esbozó una sonrisa tras su máscara.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¡Ya me he ido de la lengua!

Intenté llegar a la puerta pero no fui bastante rápido. El Mutante Enmascarado cambió hasta convertirse en una hirviente ola de ácido sulfúrico que avanzaba hacia mí.

30

Me aparté de un salto dando un grito. La ola pasó de largo, aunque le faltó un pelo para alcanzarme. Me di la vuelta y vi cómo rompía sobre la alfombra. El suelo empezó a arder y a sisear.

—¡Sí! —grité—. ¡Sí!

¡Nunca me había sentido tan feliz, tan fuerte, tan triunfal! Había derrotado al Mutante Enmascarado. Le había engañado. ¡Había acabado con el supervillano más malvado de la faz de la Tierra! ¡Yo, un chico de doce años llamado Skipper Matthews! ¡Yo había puesto fin al Mutante Enmascarado!

Había sido un truco muy sencillo, pero había dado resultado. Yo sabía, por los cómics, que el Mutante Enmascarado podía cambiar sus moléculas para convertirse en cualquier cosa sólida. ¡Pero le había engañado para que se convirtiera en algo líquido! Y una vez convertido en líquido, ya no podría recuperar su forma original.

El Mutante Enmascarado había desaparecido para siempre.

—¡Skipper, eres un genio! —exclamé en voz alta. Estaba tan contento que me puse a bailar.

Era increíble que el Mutante se hubiera tragado que yo era el Chico Elástico. Me había inventado el nombre. ¡Nunca había oído hablar de un Chico Elástico!

«Se acabó para siempre el Mutante Enmascarado —pensé contentísimo—. ¡Y yo estoy vivo! ¡Vivo!» Estaba deseando llegar a casa y ver a mi familia. El trayecto en el autobús se me hizo eterno.

Por fin atravesé el jardín y entré en mi casa. Lo primero que vi fue un sobre marrón en la mesita del correo. Era el nuevo episodio

de *El Mutante Enmascarado.* «Ya no me interesa», pensé. Fui corriendo a saludar a mis padres. Estaba tan contento de estar en casa que incluso me alegré de ver a Mitzi.

—Oye, Mitzi, ¿te apetece salir a jugar un rato?

—¿Eh? —Se me quedó mirando con la boca abierta, porque nunca quiero jugar con ella a nada. Pero es que ese día quería ser feliz y celebrar que estaba vivo.

Salimos al jardín trasero y estuvimos jugando una media hora. Lo pasamos muy bien.

—¿Vamos a tomar algo? —le dije.

—Sí, estoy muerta de hambre. Mamá ha dejado en la cocina un trozo de pastel de chocolate.

¡Pastel de chocolate! ¡Qué estupendo!

Entré en la cocina canturreando alegremente y saqué dos platos del armario. Luego fui a por el cuchillo grande.

—¡No te quedes con el trozo más grande! —me advirtió Mitzi, observándome atentamente mientras yo cortaba el pastel.

—Te prometo que no —dije con dulzura. Estaba tan contento que ni siquiera Mitzi me podía sacar de quicio.

—¡Menudo pastel! —exclamé.

Fui a hundir el cuchillo, pero se me resbaló.

—¡Ay! —grité al cortarme. Levanté la mano para mirar la herida —. ¡Ah! —exclamé sorprendido.

¿Qué era lo que goteaba del corte? No era sangre. Era algo rojo, azul, amarillo y negro.

¡TINTA!

—¡Qué guay! —dijo Mitzi.

—¿Dónde está el nuevo número de *El Mutante Enmascarado*? —pregunté. De pronto tenía el presentimiento de que mi carrera en el mundo del cómic no había terminado.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.